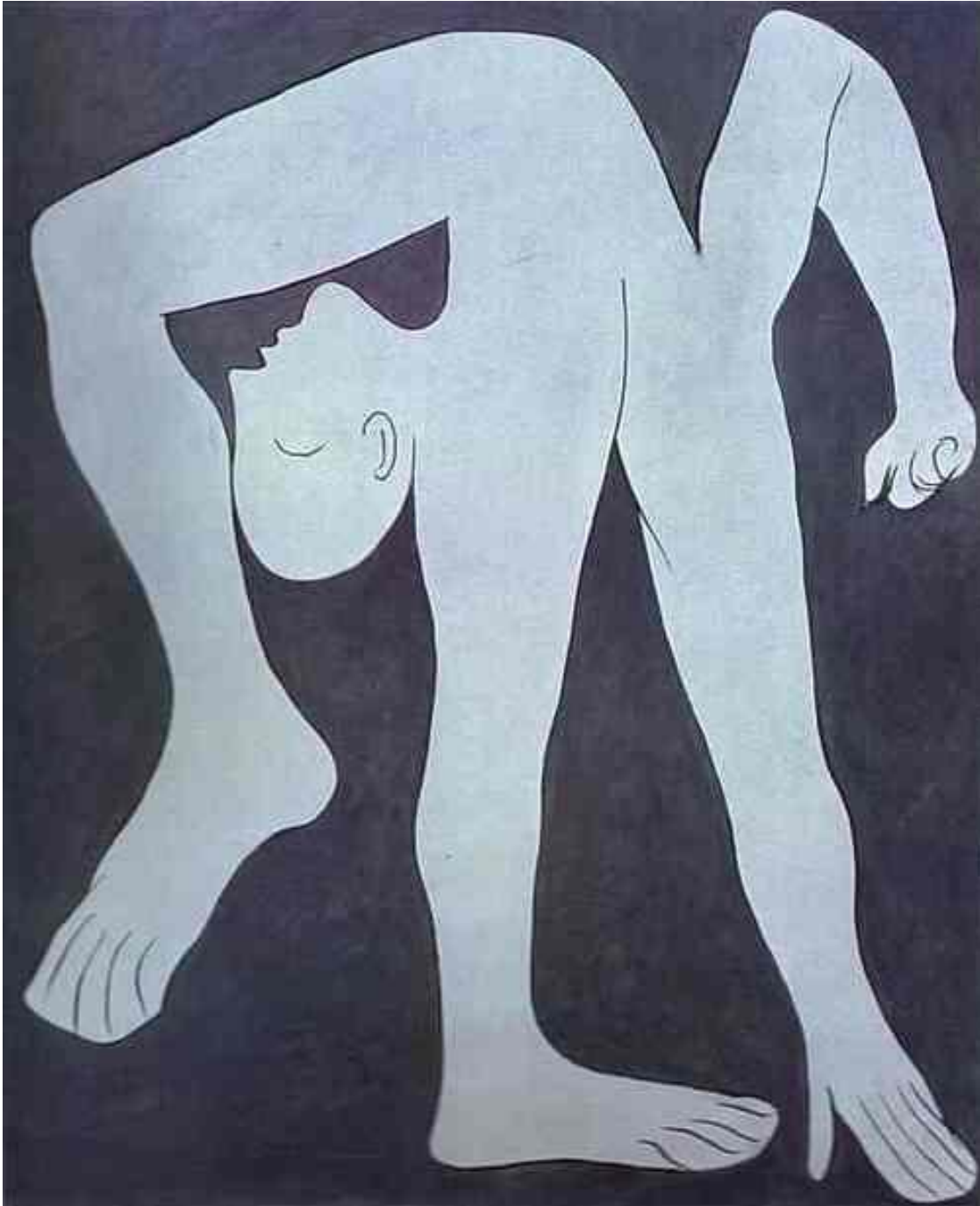


Luciana Ayelén Di Nenno

Cuerpos de Nadie



Picasso, "El Acrobata"



Luciana Ayelén Di Nenno nació en la Provincia de Neuquén Capital en 1982. Es la quinta de seis hermanos. Estudió teatro, tela y trapezio además de Recursos Humanos e Inglés. Ha participado en varios concursos obteniendo un 3er premio en género cuentos. Esta es su primera publicación.

Cuerpos de nadie (2015) es una recopilación de sueños y vida. De perfumes, de colores, de sabores. De memorias hermosas y recuerdos rotos. Une todos los sentimientos y los transforma en uno. Los amarra, los vive. Cada historia está impregnada de destino. Un destino etéreo que fluye en tierra firme. 18 cuentos cortos que reflejan la realidad y abstracción.

ÍNDICE

Anochecer fría.....	4
Cochecitos.....	4
Cuore	6
Lepantito.....	7
Un traje, una sombra, una rosa y una cigarra.....	14
Medio vaso vacío	15
Masa invasiva.....	17
Abby.....	17
Lacrima.....	19
Lepantito II.....	20
Medio vaso lleno.....	28
Niñita en “Un día en el campo”	30
Cuerpos de nadie	31
La naturaleza anda diciendo... ..	32
Lepantito III.....	33
Rumbo al océano	41
Así fue	41
Domingo silencioso	44

Anocheecer fría

La casa estaba fría. El viento movía las ventanas ocasionando ruidos abruptos. La escalera de madera resonaba creando pisadas imaginarias, sigilosamente el gato merodeaba por la casa, empujando las puertas con su pasar casi imperceptible. Ella estaba allí, en la cabecera de la larga mesa en el vasto comedor. Miraba fijamente la puerta, aquella que un segundo antes, Nataniel, el gato, habíaabierto a su paso. Su mirada fundía el picaporte, sosegada por aquella fragancia inconfundible a adrenalina sostenía con fuerza una cuchilla afilada. Su pequeña mano izquierda, helada, apretaba el mango con dureza. Sus ojos resplandecían, su corazón latía... aquella noche, en aquella casa, el viento susurraba una agonía con extremo placer.

Cochecitos

Era una carrera de cochecitos de bebé. Había de todas las edades, de meses y hasta los cinco años. Estaban los cochecitos grandes forrados con las más finas telas, cochecitos chiquitos y modestos, modernos, clásicos, bebés en triciclos. Los había rubios, morenos; con el dedo en la boca, durmiendo, sonriendo, tranquilos; de todas formas.

Juan y Ana venían de frente, caminando tomados de la mano por la calle Saint Le Bleu. Serenos, pasivos. Al llegar a la circunvalación se encontraron con esta carrera. Por una calle ancha pasaban los infinitos cochecitos de bebe. Venían de frente y doblaban en la esquina siguiendo su curso. Ellos se pararon a contemplarlos. Los cochecitos se movían a paso de hombre. Eran tantos que cubrían la calle. No se veía principio ni fin. Era un desfile hermoso. Ella sonreía al verlo. A él se le ensanchaba el corazón. Los niños y los cochecitos les pasaban por al lado. En un momento, cada uno por su lado, sin notar al otro, divisó el mismo carrito. Era uno un poco más grande que resto - sobresalía - negro, con

volados blancos, parecía un Mercedes Benz recién estrenado. Les llamó la atención. Iba por el medio de la calle, rodeado de los demás cochecitos. Ella se inclinó para mirar hacia adentro y ver al bebé que iba a bordo, pero no alcanzó a verlo. Él, que era más alto, sí pudo ver con claridad el interior del cochecito. Abrió los ojos como dos melones sorprendido por lo que veía. Nadie dijo nada. De hecho nada se escuchaba. Era una carrera silenciosa. Ni siquiera había allí otros adultos, a lo lejos quizá, se divisaba uno. Los cochecitos y los niños no paraban de pasar. Ella miraba a su derecha, por donde provenía la carrera, y trataba de mirar atenta a cada coche, aún sin olvidar el cochecito negro. Parecía como si aguardara esperanzada a alguno en particular aunque no tuviera a nadie a quien buscar. En cambio él, atónito, miraba a lo lejos perderse por la izquierda aquel cochecito negro que lo había impactado. Pensativo, lo observaba mientras despacio se perdía en el camino. Cuando este ya no estuvo al alcance de su vista, se estiró para poder seguir viéndolo y su mano soltó la de su acompañante quien tomó ese impulso para acercarse más a la vereda de la calle y mirar más hacia la derecha.

El corazón palpitaba. Sus latidos parecían sonar en toda la calle. Eran fuertes y continuos. Con su mano trataba de acallarlo, pero el corazón loco saltaba. Pasó un largo rato. Y todos se acostumbraron a él hasta que de a poco se fue olvidando, se fue silenciando. Pero los coches seguían pasando. Eran muchos. Ella se volvió a él. Parecía tan lejano, sin embargo estaba a pocos metros. Miraba en dirección opuesta, su mirada fija en algo. Suspiró y giró la cabeza enseguida hacia los cochecitos entrantes. Sonrió. No volverá el cochecito negro pensó. Y logró despegar su vista de aquel lado. Entonces puso su mirada en ella. La veía sonriente, ingenua, contenta y ajena. Se quedó un buen rato observándola. Hasta que en un momento vieron cruzar un cochecito rojo; chiquito, perdido entre los otros. Los dos miraron el coche. Ella trató de adentrarse a verlo de cerca pero algo se lo impedía. Hasta que éste pasó por su lado. Iba vacío. Él, inmediatamente perdió el interés y miraba los otros carritos sin darle demasiada importancia. Ella, seguía con la mirada fija en el cochecito rojo. Comenzó a caminar hacia la vereda junto a este, se alejó un poco pero luego desistió y volvió junto a él. Le dio la

mano. Él la miró y sonrió. Ella no lo miró. Los cochecitos seguían pasando. Tomados de la mano cruzaron la calle por donde pasaba la carrera, giraron hacia la derecha y al llegar al otro extremo aparecieron en un café. Un pool bar lleno de humo y olor a cerveza. Desde los parlantes provenía música de La Renga. Y se sentaron a beber un té.

Cuore

Palpita aquí tu corazón. En mí. Y distribuyes mi tinta por los caminos de mi cuerpo. Te sobresaltas y doy un salto. Siento esa agitación, tu agitación que me hace sudar la gota viva. Y vivo. Vivo de tu motor, de tu energía. Y tú vives en mí, por mí, conmigo. Somos uno. Vemos aquellos árboles danzar tiernamente al compás del viento mecedor con las cálidas brisas de tierra pasearse por el aire, como si fueran gotas de rocío. O vemos también, esos árboles agitarse por el sopor del viento arrasador, que mueve violentamente todo a su paso, con la tierra que se mete por nuestros poros. Y corremos tomados de la mano mientras mis pies sienten el peso del cuerpo rebotar sobre la acera y tú sientes el galope con fuerza y rapidez. Sentimos la digestión con pesadez, sentimos el sueño con apacibilidad. Somos eso, los dos. Porque compartimos la experiencia, y latimos juntos. Uno sin el otro no podría ser. Somos uno, nos ayudamos, nos empujamos a la vida. Caminamos, trotamos, corremos, sentimos. Aire, viento y ráfaga. Al son del tambor que produce el corazón, sentimos. Tú tocas esa melodía y yo danzo al compás. Suena, suena ese corazón en mí. Ese corazón tuyo, ese corazón mío...ese corazón nuestro. Mi vida es tu vida, y tu vida es mi vida. Porque sin tu vida mi vida no sería vida. Y tu vida vive en mí. Vivimos a la par.

Lepantito

“Umntu, nigumuntu, nagamuntu”

(Una persona es una persona a causa de los demás)

Le decían “Lepantito”. No porque fuera del Golfo de Lepanto, sino porque era manco. Su padre adoptivo, Conrado, fue el creativo. Cuando lo vio por primera vez, aquel 7 de octubre en la orilla del río Tugela, jugando, corriendo de acá para allá, sonriente, con su bracito, le dio tanta ternura y no pudo resistirse. Amaba al escritor y no dudó en apodarlo haciendo alguna referencia hacia él. Desde entonces es conocido por este nombre.

Lepantito procedía de las tribus Zulú, en Sudáfrica. Hasta los once años de edad nunca había salido de estas tierras y llevaba una vida muy distinta a la de la civilización occidental. Era un niño tímido pero travieso. Le encantaba jugar a la orilla del río, cantar y bailar. Tenía un andar distinguido y una mirada enigmática. Sus ojos oscuros, perfectamente redondos, atraían a cualquiera. Era especial. Conrado no pudo dejar de observarlo desde el día en que lo conoció.

Al principio lo miraba a la distancia; luego, a medida que pasaban los días y su cara se hacía conocida, se acercaba para saludarlo con un *Sawubona*, a lo que Lepantito lo miraba extrañado por unos segundos y después lanzaba un *sawubona*, casi en susurro, para luego salir corriendo junto sus amigos. Conrado trataba de aprender su lengua para conocer las costumbres de la región. Para ello se valía de los aldeanos que hablaban inglés – idioma que los Zulú utilizaban para comunicarse con los extranjeros – y aprender de ellos. Fueron estos quienes lo introdujeron en la escueta historia que se sabía del niño de un solo brazo.

Lepantito, había perdido a toda su familia hacia aproximadamente un año, momento en el que llegó a esta aldea sólo y temeroso buscando refugio. Rondaba los 11 años de edad. Todos los aldeanos lo cobijaron en un santiamén preocupándose por su bienestar. Estaba hambriento, sediento y nervioso. No hablaba, sólo atinaba a cobijarse bajo los brazos maternos de alguna mujer. Nada dijo por varios días. Con el tiempo se fue soltando y adaptando a la nueva

comunidad. Explicó a regañadientes cómo había perdido a su familia. Pero negaba a explicar más sobre el tema. Por las noches llamaba en sollozos a su *Umama*. Siempre estaba medio enfermo. A veces, en solitario, se quedaba quieto en algún lugar cantando la canción *Senzani na?*; costumbre que nunca perdió en su vida. Comía poco y dormía en diferentes chozas ya que se negaba rotundamente a establecerse con alguna familia. Sin embargo, en los momentos que estaba bien sonreía con placer y se divertía como nunca antes lo había hecho. Ofrecía su ayuda en cuanto pudiera y siempre agradecía por sus cuidados: *Ngiyabonga* decía con su carita tierna. Era un niño bien educado. Todos en la tribu lo cuidaban y se preocupaban por él. Se hacía querer.

Conrado estaba de paso allí, sacando fotografías a la tribu. Era español, vivía en Madrid. Se apasionó tanto por la vida de Lepantito que se quedó más tiempo de lo planeado. Le intrigaba conocerlo. Era un maestro retirado, de unos cincuenta años de edad. Alto, canoso, de ojos color pardo. Muy inteligente y bondadoso. Separado. Tenía una hija de treinta que vivía en América. Su única compañía era su cachorro labrador, Tau. En la actualidad, trabajaba para una revista escribiendo artículos de diferentes temáticas. No necesitaba realmente trabajar puesto que había heredado una gran fortuna de su abuelo. Pero, como era aventurero y disfrutaba conocer diferentes culturas, se embarcó en la tarea de realizar artículos de distintas culturas del mundo. He aquí que desembocó en la tribu Zulú.

Uno de esos días en que Conrado estaba investigando esa cultura, Lepantito enfermó gravemente. Levantó mucha fiebre y sentía dolor en todo el cuerpo. Recurrieron al *inyanga* (médico) y también a la *sangoma* (curandera) del lugar, quienes hicieron todo lo posible a su alcance sin que nada resultara. El niño empeoró cada día un poco más hasta quedar inconsciente. Permaneció más de un mes en este estado hasta que Conrado se lo llevó al hospital de la ciudad más próxima.

Pasaron dos meses más antes de que Lepantito pudiera abrir los ojos y tener consciencia. *Umama, Ubaba* gritó. Pero no hubo respuesta, miró azorado a su alrededor. Se asustó. Nada le era familiar. Todo era diferente. Se desesperaba y seguía llamando a sus padres. Conrado lo tomó de la mano y trató de calmarlo.

Isibhedlela le decía, explicándole que estaba en un hospital. Él reconoció la voz y se tranquilizó. Es que en los últimos tres meses, Conrado nunca se había despegado de Lepantito y le había hablado con cariño continuamente para tratar de reanimarlo.

Pasó un tiempo más para que le dieran el alta. Nunca se supo que fue lo que tuvo. En la aldea, la mayoría pensó que había sido brujería y realizaron los tradicionales bailes *sangoma* para ahuyentar los malos espíritus. Lo cierto es que durante ese último mes de recuperación en el hospital, Lepantito y Conrado tuvieron la oportunidad de conectarse un poco más. Se comunicaban a través de algunas palabras zulú que Conrado había aprendido y mediante señas. Cuando el niño fue dado de alta retornaron a la tribu. Entonces, Conrado se preparó para volver a su ciudad, pero se había encariñado tanto con aquel niño que se le hacía difícil partir. *Kahle* dijo Conrado y le dio un fuerte abrazo al niño. Lepantito no entendía muy bien que él se estaba yendo para siempre, estaba emocionado de estar nuevamente en la aldea y poder correr y jugar con sus amigos.

Vuelta en España, Conrado no pasó un día sin pensar en Lepantito. Lo extrañaba horrores. Había pensado en traerlo consigo pero dudaba del hecho de tener que sacarlo de sus costumbres y cultura. Dos meses después, Conrado no aguantó más y volvió al África a visitar a Lepantito. Éste, apenas lo vio, salió corriendo a su encuentro a toda prisa y se colgó de él como si fuera un árbol. Le caían lágrimas de los ojos. A los dos. Y ya nadie los pudo separar. Conrado hizo todos los trámites necesarios para llevárselo a España. Como viva en una ciudad muy habitada, decidió dejar todo para mudarse a un pueblito, y evitar así que el impacto del cambio fuera tan significativo para el muchacho. Se mudaron a una casa modesta con un extenso patio. Lepantito estaba feliz. Todo era nuevo, distinto para él. Siempre salía de la mano de Conrado, y le preguntaba todo a su paso. Era muy curioso. Cuando conoció a Tau, se le iluminaron los ojos de amor. Era un perro muy simpático y juguetón. Este se convertiría en una gran contención para el niño. Con el tiempo, Lepantito fue integrándose a los nuevos cánones de vida de la comunidad pueblerina. Contó con la ayuda de psicólogos, asistentes sociales, doctores y por supuesto Conrado. No era fácil, ya que era un niño

introvertido que poco decía, pero se lo notaba estable y contento. Era muy inteligente, aprendía con facilidad, sobre todo el idioma.

Los trámites de adopción fueron largos y engorrosos. Para registrarlo, Conrado tuvo que ponerle un nombre común, no le permitieron ponerle su nombre real, a lo cual se valió del nombre de pila del escritor del quijote. Igualmente siempre lo presentaba como Lepantito y así lo llamaban todos.

Conrado había mandado a hacer un brazo ortopédico a medida, pero Lepantito tardó varios años en aceptarlo. Se sentía más a gusto sin él. Le parecía muy raro y le daba impresión.

Lepantito amaba a Tau. Jugaba con él todo el tiempo. Reía. Ayudaba a Conrado en las tareas de la casa. No le tenía miedo a las tormentas eléctricas pero sí a las batidoras y demás electrodomésticos. No le gustaba la televisión y andaba siempre en el patio. Conrado, a lo largo de los años, le fue comprando animales, como conejos, tortugas, gatos y demás. Lepantito los cuidaba, pasaba largo rato observándolos e investigaba cuanto pudiera sobre sus mascotas. Esto influiría, más adelante, en su elección de estudios universitarios.

La ropa fue motivo de dolor de cabeza. Le incomodaba. Le costó acostumbrarse. Andaba siempre descalzo, sea verano o invierno. Para ir a la escuela, lo obligaban a ponerse zapatos, pero él se los sacaba al rato. Prefería estar descalzo. Nada se podía hacer para que se los dejara puestos. Al final le aceptaron que fuera en ojotas los primeros años. En la escuela, los chicos, le decían “elefantito”. Lo querían y lo ayudaban cuanto podían. Cuando resolvía una cuenta matemática o leía un párrafo completo, todos lo felicitaban y lo aplaudían. Él, supo explicar juegos de su tribu, como el *Mbube, Mbube*, que se hizo famoso en el pueblo. Engatusaba a todos con las historias de rituales, danzas y demás costumbres de su África natal.

Lepantito solía pelearse mucho. Cuando se enojaba, agarraba a su contrincante con fuerza y terminaban a las patadas y a los manotazos. Aunque tuviera un solo brazo, se defendía muy bien y peleaba a la par.

Le gustaba mucho la música, por lo que Conrado le compró un tamborcito que Lepantito usaba con frecuencia ya que le recordaba a su tribu. Cuando se ponía

nostálgico solía cantar la canción *senzeni na?*, la cual entonaba con su familia. Poco a poco Conrado fue enterándose acerca de sus primeros años de vida, aunque Lepantito fuera reticente a hablar de ello. Conrado siempre le decía: “*confía en el tiempo, que suele dar dulces salidas a muchas amargas dificultades*”. Como la escuela le quedaba cerca, Lepantito iba solo con Tau. Su padre lo miraba desde la casa. El labrador lo seguía siempre, primero salía temprano a caminar con Conrado y luego acompañaba al niño. De vez en cuando se quedaba bajo la ventana, a esperarlo, o entraba traviesamente a las aulas para jugar con los niños. Pronto se convertiría en el perro de la escuela al que todos querían.

Poco a poco, Lepantito iba adquiriendo saberes y conocimientos. Conrado lo trataba como una persona mayor. Hablaban mucho. Le propuso que él le enseñara su lengua Zulu a cambio de ayudarlo con el español. Es así que los dos aprendieron mucho de las distintas formas de vida del otro. Se divertían leyendo libros de otras tribus del África o diferentes países, salían a pasear, viajaban (Lepantito nunca quiso volver a su tribu por más que Conrado le insistiese) y aprendían mucho el uno del otro. El niño adoraba a Conrado. Éste no sólo se convirtió en su padre sino que también en su mejor amigo.

Cuatro años después, María llegó a sus vidas. Era la nueva profesora de historia de Lepantito. Acababa de llegar al pueblo. Señora distinguida, sonriente y despreocupada. Tenía 45 años de edad. Cuando conoció a Lepantito – ya de 15 años – se maravilló. Se emocionaba al oír su historia de vida. Pronto se presentó con Conrado, con quien se pasaba horas y horas hablando. Fue evidente la atracción que había entre ambos y no tardaron en comenzar una relación sentimental. Cuando Lepantito llegaba a casa, allí estaba María. Esto le incomodaba, pero veía a Conrado tan contento que se ponía feliz por él. Dos años después, María se mudó a la casa con ellos. Previamente, Conrado había hablado de esto con el adolescente, tratando el tema con delicadeza ya que vaticinaba un comportamiento errático, puesto que siempre estaba celando a María. Lepantito accedió pero sin ganas. Al principio la situación era buena, todos intentaban llevarse bien con el otro, pero un tiempo después, el muchacho se empezó a sentir

desplazado, ardía de celos de María. Tampoco aceptaba el hecho de que ella asumiera el rol de madre. Es así como comenzaron las discusiones.

La adolescencia de Lepantito fue difícil. Peleador, impulsivo. Era un chico particular. Si bien era bueno, solía causar problemas. Permanecía tranquilo hasta que se enojaba y salía a los gritos y portazos. Ponía la música muy alta en la casa y peleaba con María por todo. Sus primeras novias no le duraron mucho ya que era parco y poco comunicativo. Se lo pasaba en el patio con sus animales. En el año en el cual María se mudó con ellos Lepantito compró dos gallinas, medio a propósito, cosa que ella detestaba porque ensuciaban todo el patio y empezaban a cacarear bien temprano a la mañana. Pero era inevitable que lo hiciera. Tenía la aprobación de Conrado. Durante los fines de semana, el adolescente solía salir a la noche y no regresar hasta el día siguiente. A veces aparecía borracho, y maltrataba a quien se le cruzara en su camino. Física y verbalmente. Incluso a Conrado. Fueron los dos años que más pelearon Lepantito y su padre. Aunque éste tenía la facilidad de hablar con el muchacho y hacerle entender que su comportamiento era inoportuno e insano. Entonces lograba tranquilizarlo. Pero aparecía María y todo volvía a empezar. Cuando Lepantito terminó la escuela, Conrado le ofreció pagarle la universidad en la ciudad y él acusó a María de querer sacárselo de encima. En realidad, ya habían estado hablado durante los años anteriores sobre que él se iría a estudiar veterinaria en Madrid. Pero en ese momento estaba tan furioso con ella que sus celos lo cegaron y optó por quedarse. Consiguió trabajo en una bicicletería. El resto del tiempo lo pasaba con sus animales: una serpiente, una tarántula, hámsteres, las gallinas y por supuesto Tau, que ya se había convertido en su compañero de cuarto. Además tenían un gato.

Lepantito solía irse de viaje con sus amigos a varios lugares. Conrado le decía que *“el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho”*. Disfrutaba conocer nuevos lugares y estudiaba todas sus características antes de emprender el viaje. Pero estando unas semanas fuera de casa comenzaba a extrañar a Conrado, a Tau y le preocupaba el cuidado de todos sus animales – que seguro María desatendía. Así que retornaba enseguida a ocupar su lugar en la casa.

A sus 21 años, un acontecimiento difícil para él marcó su vida. Tau, su fiel amigo, falleció. Esto fue un golpe duro para él ya que amaba al perro y estaba con él desde que llegó al pueblo. A partir de aquel suceso Lepantito pensó en su futuro. No podía seguir pegado a Conrado. Decidió mudarse solo. Al principio le costó la separación, a pesar de que estaba a cinco cuadras de su padre y que iba casi diariamente a ver a sus mascotas, pero de a poco fue viendo beneficio en ello: su relación con María mejoró, su carácter mismo se volvió más apacible y sentía más libertad y autonomía. Tuvo una relación estable por unos tres años con una chica que le ayudó a seguir creciendo y solucionar sus problemas. *“Donde una puerta se cierra, otra se abre”*, le recordaba Conrado. A sus 24 años, Lepantito se mudó a la ciudad para estudiar veterinaria en la universidad. Le costaba estar lejos del pueblo. No le gustaba el bullicio. Cada vez que podía se escapaba a ver a los suyos. Aprendió a manejar y todos los fines de semana se volvía. Usaba su brazo ortopédico en la ciudad pero jamás en el pueblo. Era muy estudioso e inteligente. Tenía muy buenas calificaciones y le apasionaba estudiar esa carrera.

En el patio de la casa de su padre armó una improvisada veterinaria y estudiaba allí. Conrado siempre lo dejó hacer cuanto quisiera respecto a este tema. Incluso cuando ya no vivía con él. Esto molestaba bastante a María, quien no decía nada porque ya sabía que la respuesta no sería agradable para ella. Conrado y Lepantito tenían un lazo muy estrecho y una historia singular. Ella lo valoraba, pero era tedioso tener que limpiar el lugar y hacerse cargo de los animales. Igualmente, se alegraba del gran avance del muchacho y las ganas que depositaba en su veterinaria.

Un día gris de otoño, cerca del amanecer, Lepantito recibió un llamado de María. Cuando escuchó su voz, se le erizó la piel. No era común un llamado a aquella hora. María tenía la voz ronca, triste. Le comunicó que Conrado estaba en el Hospital. Lepantito salió disparado. Estaba atemorizado. Temblaba, lloraba. El viaje, conduciendo de la ciudad al pueblo, se tornó inseguro y largo. Él simplemente no podía contener su conmoción. Cuando llegó, Conrado estaba recostado en la cama. Parecía haber envejecido veinte años de repente. Estaba lleno de cables. Se abalanzó sobre él. Lloraba como un niño. Conrado trataba de

contenerlo. Había sufrido un ataque al corazón y estaba muy débil. Aquel día Lепantito no se despegó ni un segundo. Ni siquiera para ir al baño. Tenía tanto miedo de perderlo. Conrado lo tomó de la mano, sonrió y le dijo: *isibhedlela*, recordando años atrás. *Ubaba*, le contestó Lепantito, con los ojos hinchados de tanto llanto. Tres días estuvo internado en el hospital. Conrado tenía que consolar al muchacho. Lo aconsejaba tiernamente. Estaba débil, cansado, sin embargo no dejaba de sonreírle a su hijo. Se profesaron su amor, su agradecimiento y casi sin notarlo, se despidieron. Aquella noche, el corazón de Conrado dijo adiós. *Kahle*.

Un traje, una sombra, una rosa y una cigarra

Sentir. Tiembla o no mi traje. Tiembla o no mi energía. Tiembla o no. Recorre en mí ese aire. Gasta sus dientes este sol. Busca y llena. Aplaca y sale nuevamente blanco, como gris, pero blanco. Y escapa. Escapa lejos y va hacia allá, rumbo a lo alto, a lo más alto del infinito. Y sucumbe ante la brillante brisa de la noche. Acompaña las melodías de las risas de los árboles y crean todos una fresca sombra. Esa sombra que sale del jardín y envuelve la rosa roja entre las dalias y los jazmines. La luz se hace notar y respira sombra. Esa sombra acústica, asonante, celeste. Esa sombra deja que los vibrantes rayos de sol penetren la rosa caliente, que comienza a arder... y desprende sus pétalos quemados, hacia abajo, al húmedo y cosquilloso suelo. Aquel lugar donde los pétalos desahogan, en un suspiro, su ardor. Sobre esa superficie de montículos de tierra y pasto húmedo camina una pequeña cigarra. Anda a paso firme, dejando a su lado la impronta del amor. Avanza hacia un pétalo huérfano y lo monta. Lo recorre. Y de pronto, deja caer su traje y su energía allí, esa roja cama de atardecer. Allí parece de alegría, y se convierte en sol, y sube, sube esa energía hacia el infinito, para caer, nuevamente, en una superficie terrestre.

Medio vaso vacío

Muerdo con fuerza, con tanta energía que mis dientes demuestran el peor bruxismo. Roen impacientes los unos contra los otros y el ruido se hace insoportable en mi cabeza. Como un silbido quejumbroso. Acá estoy, con mi único poder, el pensamiento, que poco a poco se va cansando, se va enfriando. Así me dejás, bandido, cobarde, impío. Me matás primero el corazón, pudriéndolo de llanto ácido, cargado de lágrimas desgarradas, de gotas de amargura y me clavás, después, esta daga en el pecho.

Te siento frío, ignorante, ajeno. Despiadado. El filo de esta arma blanca colgada en mi cuerpo duele menos que tu voz. Que tu ser y tu presencia. Todo se desvanece, todo se pudre a nuestro alrededor. Las flores, pérfido, esas flores engañosas que me trajiste con estrategias vanas, para alivianar ¿qué? pedazo de verdugo. Flores putrefactas que coloqué en el jarrón como si fueran algo lindo. Y estaban manchadas con tu plan macabro. Egoísta. Están más tristes que los girasoles de Vang Gogh. Marchitas, sin sentido. Llenas de culpa. Flores del mal. Desleales, sombrías...como vos.

Ahora entiendo, vil. Amagaste a matarme tantas veces, y cobardemente reculaste. Quizá fui yo la que no quería que me mataras y prefería seguir muerta a tu lado. O eras vos el muerto. Vos estabas muerto para mí y yo no lo pude ver. Sí. Sí. Ahora lo veo. Repugnante. Te di todo. Y hoy ya no aguantaste más y me mataste. Sucio. Éramos amor. Zambulliste este desgraciado cuchillo en mí. Cerca de mi corazón muerto, de mi alma rota. Sólo queda el pensamiento debilitándose. Este pensamiento que te odia...que...

Acá estoy, tirada en el suelo, tiñéndolo de rojo, inerme, odiándote. No te importó...lo lograste. Querías sacarte de encima esta vida...mi vida...que tanto te siguió, tanto te cuidó. Me miraste como si miraras una planta. Nada. Ninguna emoción se cruzó por tu camino. Acá en este lugar donde tanto compartimos, donde fuimos felices y hoy me clavás el puñal. Me dejás partir hacia el Hades. Me soltás la mano y dejás que Caronte me lleve.

Lo siento cerca...el fin. Mi fin y nuestro fin que tanto deseabas. Mi cuerpo frío como tu mirada. Ya casi no siento el dolor corporal aunque el del alma...cada vez está más oscuro, o es que sólo veo una pequeña luz. Ya no tengo fuerzas, las gasté en vos... cruel. ¿Por qué me hiciste esto? ¿Qué soy yo sin vos y vos sin mí? ¿Cómo vas a vivir? Me voy dejándote mi amor que no te merecés para que te lo lleves a otros brazos, si es que no te lo llevaste antes, cuando aparecieron aquellas palabras disfrazadas, forzadas, esos gestos sospechosos: flores, cine, teatro. Claro, te comía la culpa, ingrato. Objetos con gusto a poco para saciar tú alma, tu falta. Nada. Mirabas una pared y no hacías nada más. Y ahora, me mirás frío y me matás con esas palabras congeladas. Como si nada. Gestos y sonrisas vacías. No vi, no lo pude ver... no lo quise ver...ah, ¡tonta de mí! Ya no me querías y fuiste juntando la porquería, esa que de a poco fue haciéndote detestarme. Se apagó tu amor e incendió el mío. Ya no quedan ni cenizas puesto que mi amor se convirtió en odio, derramándose sobre este piso duro en el que dejé mi vida. Me arrastro por vos hoy. O quizá siempre lo hice. Te veneraba, me sometía. Eras un Dios en mi cabeza. Te idealicé. Tal vez querías algo de ritmo, de acción en tu vida más que un "sí, amor". Tal vez no había emoción en algo de a dos que parecía uno. Pensaba que te hacía feliz.

No queda nada, sólo este último suspiro que se avecina. Fueron tus palabras, que me hicieron la existencia insoportable. Te fuiste y me dejaste rota. Como Fedra, morí de amor por amor...o sin él.

Sola, tiesa, con esa sensación extraña en la mano, un cosquilleo mortal, propio de estas situaciones límites. Inconsistencia en mi mirada ciega, ya sin vida, muerta. Perdí, perdí la cabeza apenas cerraste la puerta. Estaba a mitad de la cocina y el living, corrí a la cocina y agarré sin saber, sin pensar, la cuchilla. La apreté entre mis dedos y salí a buscarte. A mitad de camino. Ahí donde me proferiste esas palabras lastimosas. Una vez más sentí el corazón roto. Ya estaba ciega en ese entonces y caí.

Ahora entiendo. Te di todo, hasta mi vida. Fui yo. Descuidé todo, en todo momento. No lo supe ver, no pude cambiar...y me clavé esta daga innecesaria

sacándole amor a tantos. Y quizá él lllore por mí...Creo que ahora entiendo. Ahora. Pero mi amor, todo lo que tuve lo di, y se lo di a él, amé y lo dejo amar.

Masa invasiva

Masa invasiva, masa fuerte, masa con hedor y dolor. Masa intrusa; masa que amasa, que amolda. Masa que se mezcla con tu dulce perfume, que transpira el poderoso jugo de la pasión. Masa. Masa que dobla, masa vertical, horizontal. Masa invasiva. Masa que no ayuda y que ayuda a la vez. Masa que me mete entre los poros de tu cuerpo, que me acaricia con tu suave sonrisa, tus fuertes brazos. Quema, arde, aprieta, empuja, ocupa, masa invasiva. Masa que obliga y no.

Tus brazos. Masa que me trae tus grandes y sentidos abrazos; Masa agridulce, masa que me delata, que me entrena, tus ojos. Me derriten. Tus grandes y oscuros ojos hacen confundirme entre los mundos y lloro. Lloro de emoción, de amor, de pasión, de ternura, de locura. Te siento. Sentimos y compartimos dentro de esta masa descompuesta la magia, la alegría y satisfacción de nuestros cuerpos, nuestras miradas, nuestras sonrisas y risas. Caricias, abrazos, besos, fusión desenfrenada, fusión acomodada. Masa invasiva, dejas mi cuerpo cansado, con tantas caricias que marcas en mi cuerpo. Me rozas con tu agudeza, me agarras con efusión, me aprietas. Masa invasiva que hace mi cuerpo tuyo. Arde, arde en mí todo en este momento.

Abby

Abby despierta, se incorpora en la cama y piensa. Mientras sale del ensueño encuentra un punto bien definido en la pared. Lo mira, lo estudia. Ese punto, casi imperceptible, singular y solitario en medio de toda esa blancura le genera inquietud. ¿Qué es, quién es, qué hace allí?

Abby estira el brazo hacia aquel punto, y de pronto éste se encuentra en la punta de su dedo índice. Lo trae para sí, lo siente pesado, es más negro y más conciso

que cuando estaba en la pared. Con un toque suave de sus manos, lo aumenta al tamaño de un arroz. Juega con él, recorre todo su cuerpo con aquel punto negro de la pared. Por momentos lo siente frío y por momentos caliente. Lo lame, es delicioso. Lo aprieta, es fuerte.

Ella se siente tan bien, tan a gusto con su punto negro de la pared que desea llevárselo. Se lo roba a la pared. Lo aumenta nuevamente al tamaño de un garbanzo, lo divide en tres y los distribuye en su cuerpo. A uno lo coloca brutalmente en su abdomen bajo y lo llama rubí. A otro lo deposita de un manotazo en su espalda, queda plasmado en el omoplato izquierdo. Y al tercero se lo cuelga en la cara, al lado del ojo derecho. Punto negro de la pared dividido en tres: puntos de su cuerpo.

Se mira en el espejo, ve y siente arder esos puntos en su cuerpo. Vibra su cuerpo, esa nueva imagen, esos tres puntos negros de la pared resplandecen todo en ella. Se idiotiza mirándolos, los palpa, los rasca, los acaricia. Esos puntos de la pared están en ella. Son parte de ella.

Llega él y la acaricia. Ella lo mira demandante y luego mira sus puntos, sus hermosos puntos de la pared aumentados y distribuidos en su cuerpo. Ella lo mira, él la mira. Ella lanza una mirada interrogadora pero él no comprende. Ella se enoja. ¡Cómo es posible que no vea sus puntos! Él la mira dubitativo, le pregunta con la mirada qué es lo que tiene que hacer. Ella calla con la mirada, se vuelve al espejo y mira sus puntos. Él la mira por el espejo. Sus miradas se encuentran en el espejo. Ella no parpadea, lo mira fijamente, autoritaria. Él la mira con cariño e incomprensión. Él la trae para sí y susurrándole dulcemente al oído le dice: lo noté. Ella cae en sus brazos, satisfecha. Y al instante lo mira otra vez cómplice. Ella entiende que él no entendió. Y vuelve a mirar sus puntos atónita. Él no entiende. Ella entiende. Se miran. Ella sonrío. Él sonrío. Pero ella siente vibrar sus puntos de la pared en su cuerpo. Los puntos la estremecen, pican, arden. Sus puntos de la pared queman. Se viste y sale.

Camina con prisa sin destino. Arden. Mira, mira para todos lados como buscando algo. No se detiene, busca. Camina con sus puntos de la pared ardiendo en su cuerpo. Sigue la marcha. De repente, pega la vuelta y retorna a él. Entra en la

casa. Da un portazo. Lo mira. Él se levanta de la silla, la ve. Ella se quita la ropa y expone sus puntos de la pared, él los ve, camina con paso firme hacia ella, la toma de la cintura y le besa apasionadamente los tres puntos de la pared distribuidos en su cuerpo. Él entiende. Ella entiende. Sucumben de placer.

Lacrima

Y una lágrima calló. Y sopló, sopló tanto que llegó al mar. Ese mar cálido, lleno de gotas de agua salada. Y la dulce lágrima naufragó allí, rodeada de aquellas gotas que la invitaban a pasear en la ciudad de sal. Recorrió ese mar punta a punta, observó animales emocionantes, arrecifes coloridos, contempló los atardeceres más bellos, escuchó los sonidos más apacibles que haya escuchado. Lagrima viajera. Escaló las olas más altas y buceó por las profundidades más silenciosas. Y en cada lugar, fue depositando un poquito de su ser, convidando al mar, sentimiento, y dejándose llenar de sal, de mar. Y en un mágico atardecer, la lágrima salada calló rendida dejándose ser, transformándose en gota de mar. Y al día siguiente, con los rayos del sol, se atrevió a subir por el sendero marcado de la brisa que acuna. Su cuerpo mutó a un cristal celestial llegando donde descansaban sus nuevas compañeras de viaje. Desde allí oteó aquella inmensidad debajo de él para luego caer en forma de lluvia, desembocando en el río de la montaña más hermosa que haya visto. Su cuerpo esta vez se convirtió en agua dulce, fresca. Junto con las demás gotas, corría por aquella montaña, hasta que unas manos conocidas la tomaron por sorpresa. Vio con alegría acercarse una sonrisa. Entró en aquella boca con ganas de beber y la complació con su frescura. Y entró a ese cuerpo conocido. Ese lugar por el cual pasó esa última vez que se vieron, cuando cayó de esos ojos tristes que ahora estaban radiantes.

Lepantito II

De repente, entre el cruce de Miguel Ángel y José Abascal, sobre uno de los cuatro semáforos del pueblo, se escucha un bocinazo largo y sórdido. Acto seguido, otros cláxones silban. Frenadas, gritos, insultos, peleas. Era un día de verano. El calor pegaba en el asfalto y trepaba por las paredes de las casas. Pleno centro de aquel pueblo que se convertía en ciudad. La gente se agolpaba en la esquina para ver la discusión. Por esa vereda, un hombre acelera el paso. Distante, ajeno a lo sucedido, atraviesa con rapidez la zona. Varias cuadras adelante, aminora la marcha. Ya se ha alejado del centro, del estrepitoso fragor. Acalorado desajusta su corbata, camina tarareando su canción:

Senzeni na?
Sonosethu, ubumnyama?
Sonosethuyinyaniso?
Sibulawayo
Mayibuye i Africa

Sigue su camino lentamente, sin apuro. Veinte cuadras son las que lo separan de su hogar. Llega a las calles de tierra y su seño se afloja. Se saca el saco y la camisa para ponerse una camiseta que llevaba en la mano. Piensa. Su pueblo ya no es el mismo. Ha crecido notablemente a través de los años. Añora aquel que encontró 32 años atrás, cuando se asentó en él con su padre.

Desde la esquina de su casa, ya se escucha el bochinche que hacen sus hijos. Resopla. Lo primero que hace al llegar, es sacarse los zapatos y las medias. Estira los dedos de los pies. Es recibido por dos niñitos juguetones que pegan con fuerza cucharas sobre ollas, y acompañan el ruido con aullidos que suponen una canción. Se dirige a la habitación. Allí deja la ropa, se saca el pantalón y se pone una bermuda. Desde la cocina la voz agitada de su señora lo solicita. Antes de ir, hace una parada en la habitación de la bebe. Está dormitando. En la puerta de la cocina se topa con su hija mayor, Isabel, quien enojada, por algún motivo, lo lleva por delante y, haciendo berrinche, se va al patio. Besa a su mujer como si fuera

parte de una rutina. La nena estaba haciendo desastres con la manteca y la harina. Había dejado todo sucio y la madre enojada la mandó afuera. Él agarró un trapo y se puso a limpiar. Silencioso, escuchaba irremediabilmente las canciones de sus hijos, los reproches de la nena, la beba que comenzó a llorar y a su esposa que regañaba. Resopla nuevamente. Termina de limpiar, busca a Mbali, su beba, y sale al patio. Allí sonrío. Están sus perros Sancho, Rodaja y Galatea.

Calma a la bebe y saluda a los perros. En la otra punta esta Isabel chinchuda. La llama. Ella no va. Se sienta en una sillita y le canta a Mbali. Luego de un rato se va a la veterinaria que tiene al fondo. Isabel va detrás de él. Entra el lugar y abre las ventanas para ventilar. Isabel, inquieta, toca las cosas.

Lepantito – ¡Isabel! te dije que acá no se juega. Acá papá cura a los animalitos. Por favor no toques – Dijo sin efusividad.

Isabel lo mira con recelo y le hace caso.

Isabel – papá ¿cuándo vas a terminar de estudiar? Mama dice que te falta poco. ¿No querés recibirte?

Lepantito – *Yebo, Yebo* (sí, sí) Pero...es difícil, tendría que ir a la ciudad y dejarlos a ustedes. No tengo tiempo. Tengo que trabajar. En esta sociedad es el hombre quien se hace cargo de la economía del hogar. De donde yo vengo es al revés, la mujer atiende esos asuntos – Lepantitotratava de hablarle a su hija de diez años como si fuera mayor, tal como Conrado había hecho con él.

Isabel – Mamá dice que podrías hacerlo, que tenes la opción de rendir libre pero que no quieres.

Lepantito – Claro que quiero. Pero no se ha dado el tiempo aun.

Aparecen Xoloni y Themba corriendo y gritando.

Lepantito exasperado – ¡no, no! Afuera chicos. Vamos, afuera que acá no se juega.

Salieron todos al patio. Los niños seguían dando vueltas.

Lepantito – ¿qué es lo que pasa?

Themba sollozando – ¡Xoloni se está comiendo todas las galletitas!

Xoloni, eufórico – ¡*Cha!* (¡No!) ¡Mentira! ¡Él se las estaba comiendo solo a escondidas!

Lepantito – bueno, a ver. ¿Qué? ¿No les conté el cuento del juego que propuso el antropólogo?

Isabel –uuuffff, ¡Yebo! ¡Un montón de veces!

Themba – *Cha*. ¡Lo quiero escuchar!

Lepantito – Vengan, siéntense acá, y escuchen – dijo sin muchas ganas – resulta que un día, un antropólogo le propuso un juego a un grupo de niños en una tribu africana. Puso una canasta llena de frutas cerca de un árbol y les dijo que el que llegara primero, ganaría todas las frutas. Cuando dio la señal de que corrieran, todos los niños se tomaron de las manos y corrieron juntos, después se sentaron a disfrutar del premio. Entonces el hombre les preguntó por qué habían ido así, si uno solo se podía haber ganado el premio y podía haber tenido todas las frutas. Ellos le respondieron: *UBUNTU*.

Hizo una pausa y miro a los niños. Estos se miraban entre ellos risueños.

Xolani, sonriente y desconcertado – y... ¿qué era *Ubuntu*? ¿Qué quiere decir?

Los niños estaban ansiosos por escuchar la explicación.

Lepantito– *Ubuntu* significa “*yo soy porque nosotros somos*”. Los niños le explicaron al antropólogo que uno no podría estar feliz si el resto estaba triste. ¿Entendieron? “*Mientras se gana algo, no se pierde nada*” Eso quiere decir que tienen que aprender a compartir.

Los niños asintieron y salieron a jugar. Lepantito volvió a la casa, dejó a la bebe en la sillita y se sentó a la mesa con su mujer.

Catalina – ¿cómo estuvo tu día?

Lepantito la miró – Bien.

Catalina bufando – ¿qué te pasa?

Lepantito – nada. ¿Que dije? Me fue bien, no sé, normal.

Catalina suspirando – creo que tendrías que ir al psicólogo de nuevo. Si a mí no me quieres contar, entonces contale a alguien más. ¡Yo ya no sé qué hacer! Así no se puede más. Algo te pasa. – poniéndose nerviosa y enojándose – algo evidentemente te pasa. Llegas a casa y... estas así, sin ganas. No te importa nada. ¿Cuánto hace que no los retas a los chicos? y se la pasan peleando. Los sentas ahí... a contarles cuentitos, te miran... y se van a pelear otra vez! Mira, ahí

los tenes – aparece Themba llorando y atrás Xolani con cara de “yo no fui” – Conmigo no hablas, no usas tu brazo ortopédico, al trabajo vas y vuelves caminando cuando tenes auto. O bicicleta. ¿No quieres estar más acá?

Lepantito – tranquilízate. Por supuesto que quiero estar acá con ustedes. Son todo para mí. No pasa nada. No sé qué me estas reclamando. Está todo igual.

Así comenzaron a discutir. Él sin ganas. Ella frenética.

Lepantito estaba en sus cuarenta y tantos años. Era una época nostálgica para él, hacia algunos días había sido el cumpleaños de Conrado, y como era su costumbre, iba al cementerio y se ponía melancólico. Amaba su vida: sus niños, su mujer, sus mascotas. Pero se sentía incompleto. Tal vez era el hecho de que le faltaban solo unas cuantas materias para recibirse de veterinario. Igualmente, atendía a los vecinos que buscaban ayuda con sus animales. Y por cierto, era muy buen veterinario y buen vecino. En el pueblo era querido y respetado por todos. Siempre fue muy bondadoso y servicial. Pero algo sentía que le faltaba. Quizá era su trabajo en la oficina. No le desagradaba pero tampoco le gustaba. Era simplemente algo que tenía que hacer. Eso sí, vestir traje era un suplicio. Pero ya se había hecho rutina.

Buscando una solución a su desgano, Lepantito se comprometió a terminar la carrera. Viajaba a Madrid de vez en cuando para rendir las materias. Una tarde en la ciudad, Lepantito se cruzó con su antigua novia. Ambos se sorprendieron al verse. Nunca más se habían cruzado, ni sabido el uno del otro, desde que él se puso violento a raíz de la muerte de Conrado. Se acercó a saludarla. La abrazó. Ella le devolvió el saludo cordialmente. Se sentaron a tomar un café. Ambos habían estado muy enamorados. De hecho, para él, ella fue su primer amor. Le pidió disculpas por su brusquedad y le contó sobre su vida. Ella hizo lo mismo: estaba casada, tenía dos hijos y vivía en la ciudad. No trabajaba, así que se ocupaba del aseo de la casa y de los chicos. Su marido no estaba nunca en la casa. Fue un encuentro que impactó en los dos: Rememoraron viejas épocas, viejos ideales y anhelos; les ayudó a comprender su presente y rever las decisiones que tomaban. Aquella tarde sembró un precedente. Cada vez que Lepantito iba a la ciudad, la llamaba para verse. Al principio, sólo eran charlas en

un café, pero luego las diferentes necesidades de cada uno los llevó a comenzar una aventura amorosa. Se llenaban de placer y agotaban el deseo en un hotel en el barrio de las musas. Eran encuentros cortos que saciaban el cuerpo con gran satisfacción. Pasaron todo un año viéndose a escondidas. Nadie nunca sospechó el más mínimo indicio. Una tarde de hotel, ella le confesó que lo extrañaba más de lo debido, a lo que él respondió: “Amor y deseo son dos cosas diferentes; que no todo lo que se ama se desea, ni todo lo que se desea se ama”. Esa fue la última vez que la vio. A la semana siguiente, rindió su tesis y se graduó.

Fueron todos a la ciudad a presenciar la ceremonia de entregas. Hasta María lo acompañó. Fue un momento grato y un objetivo cumplido. Ese último año Lепantito había estado mejor, de buen humor y con ganas de seguir adelante. Todo parecía marchar bien, sin embargo, pocos meses después de recibirse, Lепantito volvió a sentirse desmotivado.

Catalina – Estoy embarazada – silencio – Miguel, te estoy hablando.

Lепantito abrió los ojos y asintió con la cabeza: Si. Te oí. – sonrió – Felicitaciones...Cinco hijos... Wow.

Catalina lo miró por un momento con incomprensión y suspiró – estuve hablando con María – él la miro serio – sí, ya sé que mucho no te gusta pero ella te conoce bastante, te guste o no. En fin, cree que necesitas un descanso. Dice que te haría bien un viaje... – y agregó con una sonrisa y tono irónico - ¿y a quien no? ¡Yo tengo 5 hijos y uno en camino! Sí. Cinco. Vos sos uno más. ¡Ya no sé qué pensar! – dijo, enojada. Por un momento pensé que ya estaba todo bien, te sentía contento, terminaste la universidad...hasta me tratabas con dulzura y estábamos bien en la cama...ahora...- suspira – ahora vuelves a estar desganado, triste...yo...no sé...por eso lo mejor es que te vayas a algún lado... también nos vendría bien un descanso de... de nosotros. Una semana. Dos. Llévate a Isa, a Xoli y a Themba. Llévatelos a acampar. Eso te va a hacer bien. Por ahí te reconectás con tus raíces al aire libre. O podrías irte a África. Pensalo. Háblalo con la psicól...

Lepantito interrumpiendo – ¡Te puedes callar mujer! No paras de hablar. No sé qué me pasa. Si lo supiera... ¿quieres que me vaya? ¡Me voy! – diciendo esto se levanta y se va. Ofuscada, Catalina comienza a gritar y queda sola en la cocina.

Una semana después, Lepantito y sus tres hijos mayores subieron al auto, con el equipaje necesario para acampar a unas pocas horas de allí. Hacía casi dos décadas que Lepantito no iba a pasar unas vacaciones en carpa. Ya se había olvidado de la sensación que esto le producía. Los chicos estaban emocionados, puesto que era su primera vez, lo cual contagió al padre.

El camping estaba medio vacío. Era raro, ya que solía ser un lugar transitado en esas épocas. Tenía mucho espacio para caminar, recorrer montes y cerritos, observar cascadas. Un arroyito. Un lugar exquisito y tranquilo para descansar. Los niños estaban entusiasmados, les resultaba toda una aventura. Día tras día, Lepantito fue aflojándose y sintiéndose cada vez más cómodo. La estaban pasando realmente bien. Por las noches, cuando los chicos dormían. Él se tomaba un tiempo para reflexionar. Podía pensar claramente: Se estaba dejando vivir, no estaba viviendo. Tenía un empleo en una oficina con un buen sueldo, casa propia, unos ahorros de la herencia de su padre, que guardaba solo para extrema emergencia y una hermosa familia. Había logrado recibirse de su gran pasión: los animales. Sin embargo algo seguía faltándole. Sentía una sensación extraña. Algo necesitaba hacer para motivarse. Para cambiar su estado de ánimo deprimido. Tal vez renunciar a su trabajo en la oficina y ejercer como veterinario profesional. Pero sentía que no podía cobrarle a sus vecinos. No se atrevía a mudarse de ese pueblo. Estaba a gusto con su gente, en su casa y cerca de Conrado. Lo extrañaba tanto. Por otro lado, No podía permitirse más estar así. Perdería a su familia...otra vez...perder otra familia. No. No se lo podía permitir.

Los días pasaban y Lepantito se iba olvidando de la rutina, de los ruidos del pueblo. Los sonidos de la naturaleza le hacían cosquillas en los oídos. Los chicos disfrutaban tanto como él. Se divertían haciendo vida campestre, descubriendo aves y otros bichos. Eran felices.

Una noche serena en que no se escuchaba el más mínimo ruido. Lepantito se levantó mientras todos dormían. Salió de la tienda y se puso a caminar. Caminaba

cada vez más rápido y comenzó a trotar para luego echarse a correr. Corría con todas sus fuerzas, rápido, sentía el aire rozar sus mejillas, sentía cómo sus pies se elevaban del piso y, por un instante, estar en el aire suspendido. Sujeto a nada. Mientras corría divisó el arroyo. Se dirigió a él. En el último tramo, dejó que sus cuerdas vocales vibraran con toda intensidad y se largó al agua. Quedo allí, abrazado por esa masa líquida. Rodeado de la noche. El tiempo parecía detenerse. El agua estaba fría y amainaba su cuerpo agitado. Allí estaba, feliz. Sumergido en el arroyo, con la mente en blanco. Un rato después, sacó la cabeza para tomar aire. Se encontró con una inmensidad de estrellas que lo observaban desde lo alto. Sonrió. Se quedó contemplando la quietud de la naturaleza. De pronto, tuvo un “deja vu” que le provocó escalofríos. Por un momento pensó que estaba en el estanque de su tribu cuando niño. Incluso miró a su alrededor para ver si allí estaba su familia. Constató la realidad. Quiso llorar, pero las lágrimas no se hacían presentes. Retornó a la carpa. Aquella noche algo cambió en Lepantito. Días después, Isabel volvió de la proveeduría para decirle a su padre que había hablado por teléfono con la *umama* y que esta estaba enojada porque no se comunicaban seguido y porque ya habían pasado casi tres semanas. Al día siguiente volvieron al Pueblo. Cuando llegaron, Lepantito tomó a su mujer en brazos y la hizo girar. Estaba contento, motivado y con energías.

Desde la muerte de Conrado, Lepantito se había descarrilado en su vida. Se sentía perdido. Tenía un cuarto de siglo y se encontraba en la mitad de la carrera. Su vida, en ese entonces, estaba equilibrada. Pero con este suceso, que lo marcó excesivamente, se volvió violento y fue perdiéndolo todo: dejó la universidad, se volvió al pueblo, echó bruscamente a María de la casa, perdió a su novia, despilfarraba dinero, desatendió su improvisada veterinaria y se quedó lamentándose, solo, con compañía del alcohol. Pasaron dos años para que María pudiera hablar con él. Tuvo que dejar por sentado que no reclamaría nada de la herencia de Conrado. En realidad, María no quería nada. Si bien le gustaba la casa, sabía perfectamente lo que significaba para Lepantito. Además, siempre le perteneció a él. No quería ni la casa ni el dinero, quería a Lepantito y le había prometido a Conrado cuidarlo.

De a poco y con mucha paciencia, fue orientándolo. Primero a que viera a un psicólogo, se tranquilizara y dejara el alcohol. Después, lo animó a que vuelva a la ciudad a continuar con sus estudios. Lепantito así lo hizo, cuatro años después del deceso de Conrado. Pero le costaba el doble. Ya no ponía tanto esmero. Le iba bien, pero la carrera se había vuelto una carga para él. En esos años conoció a Catalina, quien estudiaba letras. Lo sedujo con una frase de Cervantes: “*La pluma es la lengua del alma*”. Era una chica con temperamento. Eso le gustó, ya que lo impulsaba a seguir adelante. Un año después de enamorarse, Catalina estaba embarazada. El primer año con la beba se les hizo muy difícil, así que para el segundo año como padres, decidieron ir a vivir a la casa del pueblo. A ambos les faltaban algunas materias para recibirse. Ella rindió libre y se recibió un año más tarde. Luego empezó a dar clases en las escuelas del pueblo. Pero él no volvió a rendir. Aunque siguió estudiando, motu proprio, los temas de los programas que le interesaba. Con el paso del tiempo vinieron sus otros hijos. Lепantito había adquirido un buen trabajo en una oficina que le permitía mantener a su familia, como así también su veterinaria. Fue feliz mucho tiempo con estos nuevos roles que estaba transitando. Pero a medida que todo se volvía rutina, iba añorando su pasado, el cual cada día estaba más y más distante.

Era familiaro. Con sus hijos hablaba y cantaba canciones de su tribu, en su idioma natal. Eran solo palabras sueltas, que a los chicos les encantaba aprender y para él significaba un acercamiento a su infancia. A veces, cuando llegaba a casa cansado, no soportaba tanto griterío y deseaba estar solo. Pero también sufría ataques de pánico por miedo a perderlos.

No había un solo año en que Lепantito no fuera al cementerio para ver a su padre. En su cumpleaños y en su aniversario de muerte iba siempre. Le hablaba mucho.

Un par de meses posteriores al viaje en carpa, lo fue a visitar nuevamente.

Lепantito – siento algo... algo en el pecho. Es...un deseo, una sensación que me invita a salir. Necesito ir a algún lado. Siento... a veces hasta dolor... es tan fuerte. Creo que debo volver. Tengo que ver, sentir... Han pasado tantos años. Ya no soy ese. Ya ni soy el que vos conociste. A veces pienso que la vida no tiene sentido. A veces, me miro al espejo y veo reflejado al niño. A ese niño... hijo. Allá en África.

Lo veo completo. Como si fuera de verdad. Con sus ropas, sus costumbres. Deliro pensando que va a salir a corretear por ahí como solía hacerlo. Pero después lo veo con traje, serio. Y de a poco va creciendo y vuelve mi reflejo actual. Soy yo. Soy yo otra vez. Y... no sé...es una sensación extraña...

El otro día fui a acampar con los chicos. ¡Lo felices que estaban! No habían ido nunca. Toda una experiencia. Me sentí un chico más. Disfruté. María tenía razón... ¿Hay algo que tengo que saber? Vos que estas allá...arriba... ¿Me estás guiando hacia algún lado? ¿Qué es esta sensación en mi cuerpo? Esta necesidad. Creo que es tiempo de volver. Siento algo... No solo a donde me encontraste, a mi tribu, donde nací, de donde eran mis padres, donde aquello pasó... creo que... debo ir... algo me llama.

Medio vaso lleno

Muerdo con fuerza, y mis dientes parecen romperse. Estoy anonadada. No entiendo. Me dejaste helada. Me duele el corazón mientras que una lágrima ligera recorre mi mejilla izquierda, seguida por otra que cae del ojo derecho. Pero pronto aquello se convierte en una carrera, caen de mis ojos tristes, como la lluvia torrencial. Una tras otra mojan mi cara y descienden al suelo.

Duele tu voz. Ahora veo todo con claridad. El corazón a veces ciega nuestro sentido común, y tapa aquello que es obvio y que no queremos ver. Debí haberlo imaginado o presentido. Pero no, sólo veía amor en donde había traición.

Tanto tardaste en decirlo, pero hoy fue inevitable. No podías ocultar más tu desencanto. Y lo soltaste de repente, como si alguien te hubiese pinchado desde atrás. Éramos amor. Qué angustia siento en el pecho. Y te veo ahí, parado, mirándome y sin esa mirada que quiero. Cuántas preguntas se me vienen a la cabeza: por qué, por qué así, cómo, cuándo...

Cuánto lo siento. Me dejás partir y te vas a otros brazos, los de alguien que te llena, que te completa, que te da lo que yo no pude darte. ¿Cuándo dejamos de

hablar? ¿Por qué no pudimos resolver las molestias que te causaba nuestra relación? ¿Por qué te vas así, sin más, de golpe, sin sentido?

Preferiste irte a otro lugar más confortable en vez de resolver lo que te aquejaba. Pudimos ser más. Ni siquiera te fuiste solo. No podías, necesitaste otra. ¿Se apagó tu amor o decidiste taparlo? Espero que no te pase lo mismo con ella, ya que lo que no puedes resolver hoy... Suerte con eso. Acá ya no hay espacio para remendar nada, puesto que te escapaste por el atajo, la vía rápida y sin esfuerzo.

No me siento bien, puesto que aun te amo. Pero lo voy a estar. No te preocupes, ni me mires con esos ojos de compasión. Yo tendría que tener esa mirada en vos, que no te animás...dejás. Puedo vivir sin vos, no me sos imprescindible. No quiero dar cariño a quien no lo quiere. Es mejor así, si no te hago bien, entonces nada sirve, nada funciona. Te hice feliz algún tiempo... (¿?). Te di amor y eso me basta. Ahora te vas y aprendo de ello. Te di todo y fue hermoso. Si no te alcanzó, lo lamento. No te quiero así. Está bien. El alma sanara. Volveré a sonreír y mi sonrisa será mayor aun, porque me enseñaste a amar, a perder, a aceptar, a crecer. Y te digo gracias por ello.

Perdí la cabeza apenas cerraste la puerta. Estaba entre la cocina y el living, corrí a buscarte. A mitad de camino, comprendí. Era en vano. ¿Cómo podía arreglar esta situación con alguien que no quería mi amor, que fue por fin honesto y me liberó de estar atada a alguien sin amor, que jugaba a la relación perfecta cuando ya nada había allí? Me liberaste, abrí los ojos de una manera incipiente, pero los abrí al fin. Y ahora te digo adiós. Marchate tranquilo. Alguien más vendrá a compartir la vida conmigo. Te deseo felicidad y que hayas aprendido algo de nuestro tiempo juntos. Ya no quedan palabras en esta boca para expresar lo que fue. De Nosotros. Algo que cada vez se va esfumando más y más rápido. Fue lindo... fue...

Niña en “Un día en el campo”

Érase una vez en las tierras frías, maltratadas por la humanidad, por la civilización, donde todo era estruendo, todo era fuego, todo era caos, gritos, balas, bombas, humo, muerte e injusticia. Evangelina se encontraba muy atenta sobre un árbol cerca de su casa. Paciente, oteaba en el horizonte el piso lleno de escombros, divisaba aquellos objetos que le gustaban y luego de un tiempo bajaba despacito por entre las ramas – para no caerse y lastimarse – e ir a recoger aquellos objetos. Entonces, ya en el piso, esperaba el momento en que su pequeño e inocente corazón se lo indicara y salía a la carrera para juntar aquellas cosas que le atraían su atención. Luego volvía al árbol para refugiarse y estudiar con detenimiento sus nuevos tesoros. Era en verdad ¡una carrera que le divertía! A veces la asustaba porque las cosas ¡no paraban de caer del cielo! y a veces con ruidos fuertes, más fuertes que los truenos. Y hasta le pegaban en la cabeza o por ahí caía gente a su lado. Pero ella firme, estaba acostumbrada, y seguía fiel a su objetivo, hasta cumplirlo. Solo ponía en la mira su objetivo y disparada salía sorteando obstáculos. Saltaba, esquivaba “postas”, se tiraba al suelo... ¡era toda una hazaña!

Estos objetos incomprendidos para ella eran un formidable canal para la imaginación. Sin tener la menor idea de lo que eran – ni tener tampoco el interés de saberlo – los rebautizaba y les daba una nueva función. Jugaba con ellos, construía otras cosas, los hacía valer. Y ese cartucho de bala caído, ese pedazo de tela perteneciente a una casaca camuflada, esos anillos perdidos, esos cascos, argollas de granadas y demás hacían feliz a esa niña. Convertía en frazada para su muñeca una parte del pantalón de un soldado, hacía castillos con balas y puentes con extractos de lo que parecía haber sido una silla. Jugaba en aquellos lares aturdidos a masacre. Jugaba. Y sonreía en aquel lugar lleno de miedos. Sonreía.

Niña ausente, niña paciente, niña distante. Estas acá pero vivís allá. Allá, en ese mundo que despierta interés, alegría. Despreocupada, sin notarlo, sin saberlo. Niña. Aquella humanidad poco puede ofrecerte hoy. Poco te deja, pero traviesa

juegas con la libertad. Con osadía dismantelas esos instrumentos que ellos insecticidan y les das olor a flor. Cambias una sonrisa por un grito, una canción por un bullicio. Y andas la vida con lo que tienes, con lo que alcanzas, con lo que queda, con lo que te queda...andas la vida y la andas bien.

Cuerpos de nadie

Noche apacible, hermosa mañana. Día primaveral, la leve brisa roza sus cabellos. El tímido sol entibia la dulce y suave piel. En pocos segundos, el aire se vuelve denso, la luz se transforma, la gente se amontona, espera. Uno abajo espera. El calor ya se siente. Comienza a escucharse el ensordecedor ruido de lo temido. Se acerca, todos nos abalanzamos a esperarlo, expectantes, solicitantes. Ya está aquí con nosotros. Avanzamos o tratamos de avanzar. El mundo cambia. Ya no somos nadie. Somos masa. Cuerpos de nadie. Comienza el proceso y la transformación se hace notar. Manos, brazos y codos. Perros, vacas, sardinas. Cada parada, más. Más masa, mas nada.

Surge una playa, una hamaca y el ruido del mar. El paraíso, el lugar soñado, el punto de relajación. Ella lee un libro, sus ojos, centellantes, se iluminan de placer. Perfecta, como sedada, se reclina sobre la hamaca y contempla el bello atardecer, siente esa energía vibrante, llena de poder. Camina sobre la arena, siente el blando y cálido cosquilleo en sus pies. Se le ocurre compañía. Aparece Chester, un labrador incondicional. Corren, juegan, ladran, ríen. Él los observa. Solos, en la inmensidad del mar, de la playa, del atardecer. Ella se encuentra frente al mar, mirando fijamente hacia el horizonte, quieta, oye el sonido de las olas, las gaviotas, los ladridos de Chester a lo lejos. Huele el mar, siente la fresca arena colándose por sus dedos y sus pies. Tirita, el solo hecho de pertenecer un segundo a aquel inolvidable y maravilloso lugar la estremece de placer. Todo por un instante es perfecto. Sus ojos, húmedos y resplandecientes, brillan, su boca, relajada.

Siente una molestia en el cuello, mira, ve, enfrenta lo inevitable, la realidad, la tosca y negada realidad. Se reincorpora. Lanza una mirada maltratadora. Cuerpos de nadie. Los ve, los disminuye, los apabulla, los detesta, los imagina. Este brazo gordo, esta panza flaca, este cuerpo tosco, alto, bajo, inquieto, cuerpos bruscos, incómodos, sueltos. Y más, personalidades varias, quejas, gritos, risas, ruido, besos, miradas, olores, fantasías rotas, sueños, y más, y más.

Justo a la derecha, un reflejo devuelve una imagen. Esos ojos, ese cuerpo, esa mirada. Son conocidos, o eran conocidos. Se mira, se busca, se pregunta, se asombra. Qué es lo que quedó de él. Acaso esta masa de la cual forma parte ¿es la responsable de sus duras pupilas? Acaso esta masa, imposible de sortear ¿es la culpable de sus canas? Acaso esta masa de la cual juró no pertenecer jamás ¿es la causante de su accionar?

Esas sensaciones, esos contactos, esa actividad, se han convertido en su guía. Mira, observa, calla, siente. Vuelve con ella, vuelve al mar. Cuesta, pero la ve, la siente, siente su placer, la sueña. Una lágrima recorre su mejilla y desemboca en la comisura de su boca, la recoge con la lengua, siente el sabor a derrota y triunfo. Ella es su vida, la masa su suerte. Todo cambiará, todo cambia.

Sonríe, ha pasado una vida. Sale, camina, sube. Día primaveral. Su cuerpo anda, recibe los cálidos rayos del sol, la brisa roza sus cabellos. Todo cambió. Día alegre.

La naturaleza anda diciendo...

Muerdo con fuerza, con tanta energía que mis colmillos parecen romperse. Es que aún estamos en la cima de nuestro amor. Mezclando nuestros cuerpos salvajemente. Roen impacientes unos con otros y necesitan de tu cuerpo. Entonces, en mi cabeza, esto se hace insostenible e instintivamente lo hago: te abrazo con este cuerpo mío y te devoro. Estabas tan apetitoso que no pude resistirme y me lancé hacia vos. O te lancé a mi boca.

Gemías mientras yo saboreaba tu cuerpo. Era necesario, casi sin notarlo, por inercia, te comía vivo. Mis ojos te miraban pero no te veían. Sabía que eras vos y sabía lo que estaba pasando. El impulso seguía. Vos ahí, casi obligado, me ayudabas, te inclinabas para ayudarme en la tarea de comerte. ¿Eras consciente de que te iba a comer? Yo, ahora preñada de vos, con crías que nacerán sin padre puesto que me lo estoy comiendo. Canibalismo. Lo siento.

Te enlacé con mis enredos, te engalané y te traje hacia mí. Trémulo, ahí estabas, dispuesto a seguir tu destino. Me abalancé con ganas, con ímpetu, con ansiedad. No sabía lo que realmente pasaba, no habíamos consumado aun nuestro amor y ya estaba comiéndote. Mis patas te abrazaban y apretaban fuerte, aunque nunca fue tu intención escaparte. Momento delicioso, saciado. Mis labios rozaban tu cuerpo mientras entrabas en mí. Te besé todo, te acaricie el cuerpo, te disfruté completo.

Era preciso hacerte mi comida, tal vez para proteger a mis futuros retoños. Algo me exigía esta acción y creo que vos también lo sabias. No opusiste resistencia. Mis ocho ojos te miraban con placer, mis ocho patas te sostenían el cuerpo. Esa sensación de que todo estaba bien. Este canibalismo sexual, aunque no lo quisiéramos, aunque no entendiéramos, y a nuestra manera, lo emprendimos juntos. Te comí y me dejaste comerte. Nos conectamos. Fue de a dos. Sació con tu cuerpo la voracidad que me provocó tu mismo cuerpo.

Lepantito III

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar: por la libertad, se puede y debe aventurar la vida”

Miguel de Cervantes Saavedra

Lepantito estaba nervioso. Recién terminaban de hacer su efecto las patillas que lo habían hecho dormir un buen tramo del viaje. Se incorpora en el asiento y toma un sorbo de agua. Luego, pone su mano en el bolsillo y parece apretar con fuerza algo. Mira fijamente, en solemne quietud, el asiento delantero. Piensa en la ventana, pero no se atreve a girar su cuello. Continúa apretando aquello que hay en su bolsillo, ese algo que había guardado tantos años, sin mostrarlo, sin usarlo, olvidado. Y es en este momento en que más parece necesitarlo y quererlo. Lo atesora.

A pocos minutos de despertar, se anuncia la llegada y el descenso. Con rapidez ajusta su cinturón de seguridad. Comienza a sudar. Sus manos se sienten pegajosas, una gota lateral corre por su cara. Varios suspiros salen de su boca nerviosa. Más que aire, parece emanar bocanadas de fuego. El avión se inclina hacia abajo y el estómago le llega al corazón, el cual, inevitablemente, asciende hasta la garganta, llegando a tocar la úvula. Aquello parece desarrollarse en cámara lenta. Piensa en su vida, desde lo primero que recuerda hasta este último momento. Por fin, el avión aterriza, pero nada en su interior se acomoda aun. Esta conmocionado. Empieza a respirar con brusquedad y trata de domarse tomando bastante aire y expirando por la boca. Las señales lumínicas y una voz en el alto parlante lo invitan a dar los primeros pasos de esta travesía. Pretende desabrochar su cinturón de seguridad pero falla en los primeros dos intentos. En el tercero, logra liberarse y se pone de pie en un santiamén. Mientras espera que las puertas se abran, mira a las personas a su alrededor. Pone la mano en el bolsillo, agarra el objeto que tiene y, apretado, lo saca dejando caer su brazo. Comienza a caminar. Al salir del avión y pisar nuevamente suelo africano después de casi 35 años, siente como su alma se da vuelta en su interior, su mirada se nubla y su corazón se sacude enérgicamente. Pero él demuestra firmeza. Sale queriendo simular que nada pasa. Tiene la cabeza demasiado en alto, conteniendo sus lágrimas y cerrando su garganta. En el taxi que lo lleva al hotel, mira en todo momento el suelo. No quiere ver a nadie, no quiere ver nada. No se anima. Está aterrado. Nervioso. Que tonto – piensa – ya ha pasado tanto tiempo y tantas cosas en mi vida. Al llegar al hotel se desploma en la cama y permanece así un

largo rato. Solloza, canturrea *Zenseni na?*, abraza la almohada. Con un brusco movimiento se levanta. Piensa en Conrado. Sale de la habitación, baja al bar y se pide un whisky. Se calma. Tiene en su bolsillo aquello que ya no suelta más. Que aprieta con fuerza en su mano. En el bar se confunde en miradas ajenas. Por breves segundos, mira a la gente a su lado tratando de no perderse en juegos de palabras sobre historias pérdidas o prohibidas. Antes de terminar su trago, se marcha, vuelve a la habitación y se comunica telefónicamente con su esposa quien lo anima desde la distancia. Le hace recordar sus puntos fuertes, su coraje y lo envalentona. Hablaron casi 4 horas. Su compañera de vida. Era tan feliz de estar a su lado. Se bancaron tanto las espaldas. Estaba decidido a continuar su sanación. Ya no quería estar más en esa constante depresión. Luego de hablar con su esposa, llamó a María. Hablaron más que todo lo que habían hablado en veinte años. Ella estaba emocionada, él parecía haber aflojado su dureza y la trataba dulcemente. Le hablaba desde el corazón. Se comprendieron y se amistaron. Se perdonaron. Eran familia, por Conrado.

Al día siguiente, Lepantito se subió a un auto alquilado y se fue a la tribu donde lo encontró su padre adoptivo. Con cada kilómetro avanzado, el corazón se aceleraba, le sudaba el cuerpo, le costaba respirar normal. Al llegar al lugar, sus ojos brillaban. Se volvieron más redondos, se iluminaron, se humedecieron. Miraba desde el auto. Sus ojos centellaban todos sus recuerdos. Tenía sentimientos encontrados. Apagó el motor, y se quedó quieto unos minutos, en silencio. Acto seguido, abre la puerta, y saca la pierna afuera para bajarse. Se siente como Neil Armstrong alunizando. Acerca, cuidadosamente, el pie al suelo, como si algún movimiento en falso hiciera estallar todo. Mira atento el recorrido que hace el pie. Todo transcurre lentamente. Cuando apoya el zapato, juró ver cómo se desplazaban las partículas de tierra hacia los lados. Cerró la puerta y se encontró totalmente allí, completo, él y la tribu. Se sacó el calzado, estiró los dedos de los pies. Se sintió en su hogar. Se adentró en la comunidad. Sentía una opresión cada vez mayor en el pecho, a cada paso que daba. Lo recibieron dos hombres que lo saludaron en inglés. Él sonrió y les habló en Zulú. Estos se sorprendieron al escucharlo. Allí, una mujer, apenas lo vio, salió a su encuentro.

Lo miraba atenta, extrañada, preguntándose si era aquel niño que alguna vez anduvo por allí. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa. Entonces la anciana sonrió aún más y se acercó para abrazarlo. Lепantito no la recordaba. Ella era la madre de uno de los niños con quien jugaba de chico en la tribu. Cuando ella lo llevó hasta él, Lепantito lo reconoció y no pudo contener más su emoción. Se abalanzó abrazándolo con fuerza. Saltaba de felicidad, reía a grandes carcajadas. Se sentía pleno, igual, uno más. La gente se iba acercando, conocidos o no, a saludar a este visitante. A Lепantito se le erizaba el cuerpo cada vez que reconocía a alguien. Y las imágenes de su pasado no paraban de llegar a su mente. No dejaba de sonreír un momento. Tanta satisfacción corría por su cuerpo. Estaba en éxtasis total y contagiaba al resto.

Le hicieron una gran comida de bienvenida. Le prepararon sus típicos platos *amazi*, *paap* y *uleis*. Bebió *utshwals*, bebida que hacía años no tomaba. Se sentía maravillado. Danzaron diferentes bailes. Le ofrecieron una ceremonia de curación espiritual. Recorrió todo el lugar. Lo reconocía a pesar de que la tribu estaba distinta. Usaban ropas de algodón, sus casas eran de ladrillos, aunque mantenían sus típicos techos circulares de pasto y costumbres. Le prepararon cerveza africana en vasijas de cobre. Las gallinas lo hacían reír, le recordaban la cara de espanto de María. Lo hacían sentir en casa. Estaba fascinado. Estaba viviendo un sueño hecho realidad. Algo que tanto tiempo evitó. Su cabeza no paraba. Pensaba en todos y en todo. Y apretaba con fuerza su amuleto.

Allí pasó una semana, acostumbrándose nuevamente a sus raíces. Y tomándose un tiempo para respirar, para retomar fuerzas y seguir su camino. Su tribu Zulú. Allá, más allá, donde había perdido a su familia. Era allí el verdadero reto. Lепantito estaba bien. Ya no tenía miedo. Pero estaba nervioso y ansioso por volver sus lares. Si bien venía trabajando en recuperar la paz interior que necesitaba para seguir su vida, esa semana aprendió a liberar el rencor. A sentir paz verdaderamente. A perdonar y sanar. Pensó mucho en su historia. Nunca había entendido el odio de los demás. ¿Cómo podían dejarse dominar por el poder y querer arremeter a toda costa, con todo a su paso? Incluyendo vidas. La vida de su familia. Destruir sin importar qué. Conducidos por la ira y ferocidad,

eran capaces de cualquier cosa y actuaban instintivamente, olvidándose de la razón. Ese don que el ser humano posee.

Lepantito se sentía fuerte, renovado. Tenía consigo el amuleto de su padre. Aquel que recogió del suelo cuando tuvo que salir corriendo, agazapado, para esquivar la muerte, mientras dejaba a su padre tirado en el suelo, con los ojos puestos en él, vidriosos, perdiendo vitalidad, embadurnado en su propia sangre. Lepantito corría a la deriva. *“Mátate tu antiguo miedo: la venganza evoca a la venganza; la sangre, a la sangre también; los dioses consuelan a los hombres en sus males...”* Recordaba que había leído de las escrituras griegas. Pensaba en su dios, pensaba en sus ancestros, en su familia. Los había pensado durante los rituales. Les pedía perdón por olvidar, por escapar. Era tiempo de volver a su lugar. Se despidió de aquella tribu que lo acogió las dos veces que llegó aterrado. Prometió volver. Y por el lugar que había llegado la primera vez, siguió su camino. Pero a la inversa. Solo, nuevamente, pero acompañado. Sentía a su lado la presencia de sus seres queridos. Recorrió serenamente aquellos lugares por donde antes huía aturdido. Cada vez que se acercaba más a su tribu, menos temor sentía. Y sonreía. Era un proceso como el camino que recorría, a la inversa. Cada vez más confiado y firme. Sentía la energía que los suyos le entregaban. Toda su familia caminando con él: Conrado y su padre a sus lados, sus hermanos caminaban de la mano, al lado de su padre, delante de su madre. También sentía la presencia de sus hijos, su esposa y de María. Estaban cerca de Conrado. Allí estaban sus perros, y sus mascotas. Todos caminaban a la par. La paz que se respiraba en el lugar era inmensa. La mirada de Lepantito se fundía en el horizonte. Aquel en el que de a poco empezaron a asomarse las primeras casas. Caminaba sereno, concentrado. A paso firme, seguro. Cerca de la tribu, comenzó a aminorar la marcha hasta detenerse. Se quedó allí unos instantes, pensando. Giró su cabeza hacia la izquierda y caminó en aquella dirección, más o menos 15 pasos. Se detuvo. Miró al suelo. Recordaba. Una leve brisa pasó por su cuerpo estremeciéndolo. Se agachó y tocó el suelo. Agarró un puñado de tierra y se levantó. De repente, su boca se tensó y sus orificios nasales se agrandaron con cada respiro. Sus ojos se abrieron como dos grandes monedas. En un segundo,

se contuvo. Cerró los ojos y dejó que el fervor, la dolencia y el odio salieran evaporados de su cuerpo, a los rayos del cálido sol. “*La venganza evoca a la venganza*” – repetía. Abrió los ojos y dejó que el puñado de tierra se escabullera por sus dedos. Luego volvió a tomar su curso. Allí había visto por última vez a su padre.

Cuando llegó a la comunidad, Lepantito estaba en una especie de estado Alfa. En toda su caminata se había concentrado en derrumbar viejas piedras que tapaban su camino. Pensó y trabajó en ello. En soltar, en volar, en vaciar y completar. Todo estaba distinto. Sonrió. – Esta es mi tribu – dijo, pensando en Conrado. Varios hombres se acercaron para recibirlo. Se saludaron. Lepantito dijo que había vivido allí de niño hasta que la codicia había alcanzado a su tribu, hacía más de 30 años atrás. Tal como sucedió con el otro clan, lo recibieron alegremente. Lepantito estaba tranquilo, sumergido en sus reflexiones. Era increíble lo distinto pero tan conocido que era aquel lugar. A cada dirección que miraba, tenía un recuerdo. Veía a su familia en sus pensamientos alegres. Sin embargo, aquellos recuerdos se disparaban a aquel suceso de humo y soledad. Rápidamente esfumaba esas memorias de su mente y observaba esta renovada comunidad. Se sentía orgulloso. Su tribu se había reconstruido y había subsistido. No podía haber cosa mejor que aquella. El estar en pie. En ver que sus raíces seguían expandiéndose y volviendo a resurgir, pese al intento de exterminación. Ellos afloraban. Comprendió mucho aquellos días. Se perdonó por haber dejado ese lugar olvidado y tardar tanto en regresar. Estaba feliz y sentía la libertad de su pueblo, de su alma.

Dos personas quedaban de su época. Una mujer y un hombre. Primero lo llevaron con ella. Apenas ésta lo vio, lo reconoció. Se observaron, sumiéndose en una mirada de comprensión, complicidad. Se entendieron. Compartieron el sentimiento. Unos pocos minutos después, ella tomó en sus manos la cara de Lepantito y pronunció apaciblemente su nombre. Sonrieron. Lepantito se sentía cada vez más a gusto. Al cabo de un rato llegó Bongani, el otro sobreviviente. Los tres hablaron largo y tendido sobre aquel siniestro ocurrido a los Zulú. Compartieron la tristeza y la emoción que aquello les significaba. Y se

enorgullecieron de haber logrado continuar con sus creencias y costumbres. Además, la mujer y el hombre reían al ver a Lepantito. Rememoraban aquel niño travieso que era imposible de olvidar. Tenían muchas historias de ese pícaro muchacho de un solo brazo. Siempre mandándose macanas. En una gran ceremonia de bienvenida, contaron a todos los de la tribu cómo era este hombre de niño.

Al otro día, bien temprano, Lepantito se dirigió al lugar donde había estado posicionada su casa. Allí había ahora un gallinero. Sonrió. Veía a su madre sentada, llena de júbilo, que lo miraba con orgullo. Veía a sus hermanos jugar cerca y se vio a él mismo. – Esta era mi casa - dijo, pensando en Conrado – Esta es mi familia. Recordó cuando precipitadamente entraron a su casa y le arrebataron la vida a sus hermanos y a su madre, aquella tarde donde la calma se vio sorprendida por la calamidad. – *Senzeni na? Senzeni na?* – repetía. Súbitamente, el recuerdo lo impregnó de imágenes vivas y se encontró en medio de aquella situación, años atrás. Podía sentir cómo el miedo lo invadió por completo de un momento para el otro cuando jugaba dentro de la casa. Escuchó el estruendoso irrumpir de los bárbaros mientras sentía el fulguroso calor del fuego quemando su choza. Volvió a revivir aquella sensación de incompreensión y miedo cuando su madre lo levantó del suelo y lo tiró afuera, escuchándola gritar desesperadamente y callar en el acto. Una vez más, vio a su padre tomarlo de su brazo con extrema brusquedad y llevárselo corriendo lo más lejos posible de ese lugar en llamas. Sintió cómo se desplomaron ambos al suelo, y cómo la intuición lo guió a correr para escapar de allí. Lepantito recordaba tristemente. Sin embargo, dejaba ver en su expresión total tranquilidad. –Ya paso- dijo para sus adentros – Ya pasó. Estaba en paz. Lepantito tenía tres visiones distintas en su mente: los recuerdos de su infancia, aquel momento en llamas y la actual aldea. Tres visiones de su tierra Zulú. Vislumbraba pasado y presente; y proyectaba el futuro. Sonreía. Sabía que a pesar de todo, allí estaba su esencia, renaciendo. Construyendo un porvenir más sólido y fiel a sus costumbres.

Con el correr de los días, Lepantito fue liberándose completamente de sus preocupaciones. Sus facciones cambiaron, parecía un hombre más joven. Estaba

contento y sereno. Perdonó. Agradeció. Llamaba de vez en cuando a su mujer para comentarle, a grandes rasgos, cómo estaba. Estaba entusiasmado. Quería traer a su familia a esta tierra. Quería casarse con su esposa en su tribu, bajo sus costumbres. Quería contarles todo y hacerlos partícipes de sus raíces. Al momento de volver a su casa con su familia, un mes después, se le hizo difícil. Se iba contento, sabiendo que volvería. Tenía muchos planes para la comunidad. Era servicial, quería ayudar en todo. Pero debía marcharse. Había construido una vida lejos de allí y sus seres queridos lo estaban esperando. Además, su mujer ya estaba por dar a luz.

Cuando llegó, todos se sorprendieron de lo cambiado que estaba. Física y anímicamente. Tenía una expresión de frescura. Se reunieron todos en su patio. Lepantito estaba feliz de volver a ver a su familia y sus mascotas. No se había dado cuenta de cuánto los había extrañado. Les contó todo lo que había vivido allí. Por supuesto pasó por el cementerio a visitar a Conrado.

Con el correr de los años volvió a su tribu muchas veces, a visitar, quedándose un buen tiempo cada vez. Se casó con su mujer allí. A veces iba con alguno de sus hijos. A veces solo. Y estaba en continua comunicación porque ayudaba en lo que podía y mandaba toda clase de cosas. En su pueblo, había puesto una gran veterinaria que manejaba con sus dos hijos mayores. Se convirtió en un gran activista, luchaba por los derechos de la tribu Zulú y de los animales. Participaba de charlas en las escuelas enseñando el verdadero sentido de *UBUNTU*.

Una noche, durante su verano número 86, Lepantito dormitaba plácidamente sobre su cama. Recostado, podía escuchar el bochinche de los nietos y bisnietos, más los perros y las gallinas en el patio. Sus hijos andaban atrás reprochando. El sol entraba por las rendijas de la ventana proporcionando una agradable sensación de calor. Entreabrió los ojos y vio a su mujer acercársele y tomarlo de la mano. Ella le sonreía gratamente. Estaba hermosa. Irradiaba paz. Lo miraba recostado mientras que él cerraba los ojos para sentir el cálido halo de energía que los envolvía. Se levantó. Se sentía fuerte. Miró por la ventana el gran clan familiar que había creado. Dio rienda suelta a varias generaciones que se paseaban por su patio. Con sangre Zulú, bajo el apellido de su querido Conrado.

Miró a su esposa, ella estaba a su lado, aun sujetándolo de la mano. Caminaron hacia el patio. Allí estaban todos, su familia, sus amigos, sus perros. Sus mascotas. Tomó de su bolsillo el amuleto de su padre y contempló aquel patio lleno de alegría: María, Conrado, su padre, su madre, sus hermanos, Tau, Sancho, Rodaja y Galatea. Sonrió, estaba en casa.

Rumbo al océano

Rumbo al océano. Me adentro a la mar junto a los peces que nadan hacia adentro. Más y más adentro del mar. Recorren seguros su camino y me mimetizo con ellos. Me convierto en pez. Me metamorfoseo en animal. Surgen aletas, cavidades respiratorias, ojos saltones, escamas. Siento mi cuerpo cambiar. Respiro en el mar, respiro mar. Y me sumerjo.

Gran mundo acuático, lleno de vida, vidas raras, ajenas, desconocidas y bellos tonos, bellas imágenes. Mar. Mi cuerpo nada ágilmente, deja sentir el agua sobre su piel. Recorremos. Aguas cálidas y sabrosas. Tan gentiles y delicadas gotas saladas. Y vuelvo a la superficie, salgo de un gran salto, y sigo navegando en el aire, perdiéndome entre las nubes. Esas nubes con gusto a mucho, con sabor a todo. Y me cantan. Y me encanta. Vuelo con las águilas desenfrenadas. Soy un pez entre ellas. Volamos. Abajo, a lo lejos, apenas un puntito, estoy yo. Recostada en la reposera bajo el sol. A punto de caer un libro en la mano. Me lanzo hacia mí. Caigo en maravillosa picada. Me acerco más y más a mí. Impacto directamente en mi frente. El libro cae. Sobresalto. Abro los ojos. Me despierto.

Así fue

Fue un día de verano. Lo recuerdo bien. Había viento y sol. Mis cabellos me tapaban por completo la cara, sin embargo te vi. Caminabas con soltura, decidido, seductor. Tenías la mirada fija en mí. Mientras esperaba sentada en el banquito de

la plaza, te observaba mirarme con lujuria y me contagiabas esa mirada. No lograba apartarme de tus ojos candentes mientras que mi mente se llenaba de ideas impuras, y mi boca salivaba como si me encontrara bajo los efectos de los experimentos de Pavlov.

Cada vez más cerca, nos compenetrábamos en ese juego de imágenes y fantasías frenéticas. Advertí, en tus ojos marrones, chispas exultantes que llegaban hasta mi cuerpo despierto. Me levanté y sonreí distraída, como si nada pasara en mi cabeza. Nuestro amigo en común nos presentó aunque ya no había realmente mucho más para decir, todo estaba dicho. Todo parecía confluir. Sabíamos lo que queríamos, o al menos eso pensábamos. Reímos como dos tontos adolescentes queriendo llevar más allá ese encuentro sorpresivo y a la vez conocido de alguna forma. Porque fue tanto el impacto, que ya queríamos estar uno encima del otro.

Por supuesto me hice la interesante, probando tu deseo. Vos estabas decidido y sin perder tiempo me pediste el teléfono sin preámbulos. Me llamaste al día siguiente y me fuiste a ver ese mismo día, más tarde. Estabas incentivado. Incendiado. Yo te seguía. Pero aquella tarde todo fue distinto. Otra vez, nos sorprendió la vida. Aquella tarde nos dimos tregua. Las sensaciones fueron más allá de la física.

Las millones de mariposas que sentía en el cuerpo salían volando hechas sonrisas de mi boca. Eran hermosas, coloridas y alegres. Mis ojos echaban fuegos artificiales e iluminaban todo a su paso. Y ese mismo día, al atardecer, frente al río, te acercaste a mí para darnos nuestro primer beso. Ese momento en que nos miramos, y las palabras, otra vez, sobraron. Sonreímos. Inclizamos nuestras cabezas y nos acercábamos lentamente. Olía tu perfume y sentía tu calor, tu energía, que ya entraba en mi cuerpo. Estábamos a un centímetro de tocar nuestros labios. Explosión en mi interior. Por fin tus suaves labios se posaron en los míos. Doble explosión. Y ahí me perdí. Me perdí para siempre en vos.

Aquel día comenzó nuestro camino juntos. El primer año fue exquisito, lleno de besos, abrazos, palabras, sensaciones, caricias, demostraciones, pasión. Mucha pasión. Nos sentíamos en la gloria. Etapa de exploración del uno al otro, de

conocimiento, de comprensión. Nos fundíamos en abrazos. Nos contábamos todo con todo. Nuestros cuerpos, pegados.

Los años siguientes fueron maravillosos. Era el bienestar que rondaba nuestras almas. Nos sentíamos seguros, fuertes y decididos el uno con el otro. Podía caerse el mundo que nosotros seguíamos de pie. Porque estábamos juntos. Las adversidades eran desafíos sin mal. Nos conteníamos tanto que nada temíamos, y realmente sentíamos que podíamos lograr cualquier cosa. Pasamos así 5 años, con peleas, idas y venidas, confusiones, reproches, alegrías, amor. En fin la vida. Y pensamos en dar el siguiente paso.

Era un día de sol y viento, mis cabellos tapaban por completo mi cara, sin embargo te vi. Venias a mi encuentro con la mirada fija en mis ojos. Sonreías. Percibía que algo pasaba. Algo inusual. Llegaste hasta mí y en silencio me mirabas. Tenías un brillo especial. Estábamos ahí, parados frente al río, donde nos dimos nuestro impactante primer beso. Ahí, en ese momento me pediste amor para siempre. No querías más que mi compañía. Nada más. Y fuiste tan dulce con aquellas palabras llenas de miel, rebosantes de júbilo y dicha, que mis ojos brillaban más que el mismísimo sol y mi “sí”, salió de mi boca como claras melodías de amor. No paraba de sonreír. Parecía el Guasón con tanta risa. Fue tan linda aquella tarde...

Y años después llegaron nuestros hijos: la nena, que tanto querías, llego primero. ¡Cómo la mimaste! Hasta me había puesto un poco celosa. La adorabas. Era tu princesa. Y yo no hice más que ocupar el lugar de reina. Éramos de sangre azul, decías para escuchar una vez más su risita tierna. Y luego la familia se completó con nuestro pequeño hombrecito que creció por los cielos, dejándonos chiquitos. Ese príncipe valiente que, a pesar de sus incapacidades, logró cuanto quiso en la vida. Y siempre va por más.

Tantos años pasamos. Y nos costó mucho esfuerzo salir adelante. Tuvimos tantos reveses. Pero eso ahora no importa. La peleamos y logramos salir adelante.

Han pasado muchos años así que la vida sin vos ya no sé cómo vivirla. Y pensar que pensé que serías una presa pasajera para aquel cuerpo joven y vital mío. Y me tomaste por sorpresa regalándome tu vida entera.

Y tal como aquellos días en que el viento desparramaba mis cabellos por la cara, hoy, bajo el mismo escenario, 60 años después, te vuelvo a encontrar, en aquel lugar, sentado en el banquito, aguardándome, para celebrar otro año más de nuestro camino, nuestra historia. Estas ahí, en medio del viento, alumbrado por el sol veraniego, con la mirada puesta en mí.

Domingo Silencioso

Estaba cansada, fastidiada. No sabía exactamente por qué, no obstante sentía en su interior un atisbo de molestia. El sol ya dejaba el día. Dudó por un instante qué hacer y a continuación se calzó el jogging y se fue a su clase de Pilates. Una vez frente al espejo, hacía los ejercicios sin demasiado esmero. Miraba su reflejo y pensaba qué era lo que la había afectado. Pensó en todo lo que había hecho en el día: las conversaciones que tuvo, las noticias que leyó, el trabajo, etc. Nada le parecía significativa. Sin embargo aún sentía una pequeña indignación. Mientras estaba mezclada allí, entre buscar una respuesta a su enojo y realizar correctamente los ejercicios, observaba su cuerpo moverse. Estaba recostada sobre su lado izquierdo, levantando y bajando la pierna derecha cuando notó que en esta pierna, en vez de tener un pie, tenía una mano.

Al principio no le dio importancia, pensó que estaba viendo visiones puesto que estaba concentrada en otra cosa y apenas parpadeaba, miraba de fondo. Pero a medida que los segundos pasaban, se daba cuenta de que realmente había allí una mano. Parecía un puño cerrado. Miraba atenta. Nadie más parecía percibirlo, o no la habían visto aun. Alejó la mirada unos momentos para despejar su mente y volvió su mirada al pie. Efectivamente, había una mano. De un salto se incorpora para verse directamente. Se impresiona. Los demás la miraban extrañados. Ella estaba sorprendida, los miraba y retornaba la vista a su pierna varias veces pero nadie se inmutaba. Volvió a recostarse para hacer los ejercicios. Quizá estaba soñando. Miraba su tercera mano con interrogación. Comenzó a mover su “mano” para atrás y para adelante en el aire. Pareciera como si la mano la saludara. De

repente, siente pavor al pensar que ésta pudiese cobrar vida propia y empezara a moverse sola. Sin embargo, se contuvo y siguió la clase como si nada. Al momento de levantarse no sabía qué hacer. ¿Tendría equilibrio? ¿Podría caminar? Se levantó disimuladamente con el pie izquierdo, teniendo el derecho en el aire y brinco hasta la pared donde estaban sus pertenencias. La gente la miraba asombrada. Ella sonrió levemente mientras agachaba la cabeza un poco avergonzada. Se sentó para calzarse. Primero se puso la media y la zapatilla del pie izquierdo y se detuvo con la mirada puesta en su pierna derecha. Fue en ese instante en que advierte que la mano de la pierna tiene seis dedos. Era una mano más pequeña que las otras dos. No salía de su asombro. Tenía que estar soñando. El profesor se acerca y le pregunta si está bien. Ella lo mira atónita por unos segundos esperando que este note la situación, sin embargo, lo único extraño que nota es su actitud. Le dice rápidamente que está bien y sin pensar se pone la media y la zapatilla a toda prisa para salir de allí. Cuando se da cuenta, estaba caminando. Se paraliza. No sentía nada raro. Era como si tuviera pie. Caminaba normal. Así que continuó caminando a su hogar. Al llegar se dispuso a sacarse las zapatillas. Sonrió para sus adentros pensando que era una tontería y que iba a ver su pie derecho. – Estuve alucinando – se decía. Pero para su sorpresa, cuando se descalzó, allí estaba la mano. Su cara se transformó. Quiso alejarse de ello pero era imposible, era una parte de su cuerpo. Permaneció parada con la pierna derecha en el aire bien alejada de ella, como si eso la ayudara en algo. No sabía cómo proceder.

Su novio tardaría un par de horas más en llegar. Lo llamó pero no contestó. Igualmente, ¿Que le iba a decir? Era ilógico. Trató de calmarse y pensó. De pronto, estiró los dedos de aquella mano como si fueran dedos de pie. Los dedos se abrieron alargándose. Acto seguido apoyó la mano en el suelo. Fue un acto inconsciente. Sorprendida miraba para abajo sus piernas, la una con el pie y la otra con la mano. Era una imagen escalofriante. Pero, en efecto, estaba parada en perfecto equilibrio. No se atrevía a caminar, pero quería hacerlo. Toma coraje y levanta la pierna derecha para comenzar a andar, ve como su mano se desprende del suelo desde la muñeca hasta los dedos, para avanzar, y como se vuelve a

aplanar para apoyarse en el suelo, desde la muñeca hasta los dedos también. Camina por la habitación, entre confundida y estupefacta. Se tranquiliza. Se calza. No quiere ver la mano. Ya fue suficiente.

Unas horas después, Pedro llega a casa. Ella lo lleva al sillón y lo sienta. Se saca la zapatilla. Él mira sin comprender. – ¿Qué pasa? – dice. Ella lo mira – ¿No me digas que no ves la mano?

Él – No ¿qué mano?

Ella mira la pierna y ve todavía esa mano ahí. – ¡La mano! – dice temperamental y le señala el pie.

Él – ¡Estás loca! ¿¡Qué mano!?! – Contesta nervioso.

Ella levanta su pierna derecha y se la pone en la cara. – ¡Esta mano! – Dice gritando furiosa. – ¡Pégame que estoy soñando sino!

Él aparta su pierna con fuerza. – ¡Sacame tu pie de encima mujer! ¡Estás loca de remate! ¡¿Me estas cargando!?

Ella – ¡SI! Estoy loca. Enloquecí. ¡Mira! ¡Es una mano! ¡La veo perfectamente! ¡¿Cómo puede ser que soy la única que la ve!?! – se pone nuevamente el calzado y se va furiosa a la habitación. Esa noche no hablaron más del tema. No hablaron de nada. Ella durmió con la zapatilla puesta.

Al otro día cuando despertaron, ya ni se acordaban de la situación. Ella caminó dormida al baño. Cuando cobró sentido y vio que tenía una zapatilla puesta, recordó. Se quedó unos cuantos segundos esperando tomar la decisión de descalzarse. Con un brusco movimiento se arrancó la zapatilla y vio que estaba la mano. Se desganó. – Me voy a la guardia – dijo secamente. Se vistió con suma rapidez con lo primero que encontró y se fue al hospital más cercano. Su novio fue tras ella. En la guardia, no le encontraron nada. La mandaron a un psicólogo. Ella estaba fastidiada y frenética. Se fue al trabajo y no mencionó a nadie su situación. En el transcurso del día, aflojó su furia y hasta se olvidó de la mano extra. Arregló todos sus asuntos pendientes, adelantó trabajo. Trataba de estar ocupada. Su humor fue cambiando, hasta estaba contenta con la labor hecha. No pensó en la mano hasta la noche cuando su novio llegó a casa.

Pedro, estaba preocupado, angustiado. No sabía qué le pasaba a su novia ni cómo podía ayudarla. Estuvo todo el día pensando en ella. Estaba molesto porque no entendía. ¿Lo quería volver loco? ¿Le estaba diciendo la verdad? Ella seguía sin ganas de hablar del tema, quería cenar en paz. Después vería. Se acostaron. Al día siguiente, cuando se levantaron, ella, que había dormido con la zapatilla puesta, se descalzó para ir a bañarse, y para su sorpresa, ya no tenía una mano en vez del pie. Miró con cariño su pie perdido y se fue a bañar contenta. Cuando salió, fue a contarle a su novio. Este tenía una cara de espanto importante. Le mostró su pierna izquierda.

¿Qué pasa? – le dijo ella.

¿No ves? – Tengo una mano. Le dijo él con pavor.

Ella no veía nada. Pensó que se estaba burlando. Y le mostro su pie. – Mira. Ya está. Vuelta a la normalidad. No te hagas el chistoso. Caso cerrado.

Pero él no aflojaba. Veía en serio una mano. Ella no podía verlo. Se enojaron los dos. Discutieron. Él, porque ella no lo acompañaba; ella, porque pensaba que la estaba cargando. Así paso el día. Pedro no salía de la cama. Estaba realmente asustado. Le horrorizaba ver la mano. A la noche, ella por fin comprendió y le creyó. Trató de consolarlo. Le dijo que ya se le iba a pasar.

Aquella noche ella durmió plácidamente. Él no pudo pegar un ojo hasta 40 minutos antes de que su novia despertara. Era un domingo silencioso. Antes de abrir los ojos, como era su costumbre, ella metió los pies entre los de él. Plácidamente dormido, Pedro le acariciaba sus piernas. Ella sonreía entre sueños. Luego le empezó a hacer cosquillas en el pie. Ella reía. Como no paraba, abrió los ojos para que aflojara y vio a su novio durmiendo a su lado con los brazos abrazando la almohada. Seguía sintiendo las cosquillas. A toda velocidad se incorporó con un grito. Desatendió las sábanas y vio como la mano de la pierna de su novio le hacía cosquillas. Pegó un nuevo alarido que despertó a Pedro. Ella ya estaba al otro lado de la habitación con cara de pánico. Él la miro, aturdido, no lograba despertarse y tenía el tímpano a punto de romperse por los gritos de su novia. Tardó unos minutos en comprender. Ella veía su mano. Los dos estaban realmente asustados. Ella se miraba el cuerpo para ver si tenía alguna otra

anomalía. Él estaba sentado en la cama custodiando su tercera mano, al borde de la locura. Luego de un tiempo se calmaron ambos y permanecieron quietos en su lugar, sin moverse o proferir palabras. Cada uno sumido en sus pensamientos, sin siquiera mirarse. Luego ella se acercó a él. – Tranquilo. Pensemos. Si no lo ve nadie más es porque no existe. Es algo pasajero. Como me pasó a mí. Mañana ya no vas a tener nada.

Pedro – Sí, claro pero yo nunca vi tu mano. Y vos ahora, está claro que sí ves la mía. Llama al médico. No. No lo llames. ¿Y si ve la mano? ¿Qué va a pasar? – decía cada vez más desesperado.

Ella –Tranqui. Tranqui. No hay nada. No va a ver la mano. Vayamos para que te serenes. Estoy segura de que no la va a ver.

Él – Yo de acá no me muevo. ¿Cómo voy a caminar?

Ella –Parate, vas a ver. Es como si tuvieras pie. En realidad es un pie y nosotros lo vemos como mano.

Él – ¡No, no! Es una mano. ¡Es una mano!

Ella estiro sus manos para tomar esa mano.

¿¡Qué haces!? – dijo él con espanto.

Ella – Es un pie. Cuando lo agarre vas a ver como vemos el pie– agarra la mano. A su vez, ésta la agarra a ella. Los dos se miran. Ella se aparta consternada.

Mirá, tenes que olvidarte del tema. Hacé tu vida normal y va a desaparecer, no hablemos más de esto. Te digo. Yo hice eso y se me fue – dijo convencida.

Pedro – ¿¡Cómo voy a dejar de pensar en esto!?

Enfocá tu cabeza en otra cosa. Dale. Animate, no pasa nada. Levantate. Yo te ayudo. Ella se para, pero él está quieto en la cama, y lo toma de las manos para levantarlo a la fuerza. Él mira para arriba, boquiabierto.

Ella – ¿Qué sentís?

Él – Nada.

Ella – Bien. Vamos bien. Camina.

El titubea pero comienza a caminar. Siempre con la cabeza en alto.

¡Estoy caminando! Decía entre contento y temeroso. A cada paso que daba más confianza tomaba. Hasta que se creyó que tenía los dos pies y miró para abajo.

Allí estaba la mano. Apartó rápidamente la vista. Y se acostó en la cama tapando la mano de la pierna con la sabana. Pasó el día. Trataron de no hablar del tema pero él no podía evitar acordarse de la situación en la que estaba sumido. Sin embargo, de algún modo estaba más tranquilo.

Se acostaron a dormir. Luego de un rato, que parecía que ambos dormían, ella se levanta despacio, agarró su almohada y una manta que había dejado cerca y se va al sillón. Dos minutos después, él la va a ver.

Pedro – ¿Qué haces? Dijo con cara de pollito mojado.

Ella lo mira, sin saber que decir.

Pedro ya enojado – ¿Te venís a dormir acá? Que, ¿no querés dormir con este adefesio? ¡Yo dormí con vos! – dijo consternado.

Ella - Es que... tengo miedo que vuelva a mí. ¡Qué sabes! Cuando yo tenía la mano, vos no, y cuando se me fue, te apareció a vos. No la quiero de vuelta.

Pedro – ¿y si no se me va más? Que ¿vas a dormir siempre acá en el sillón? ¿Te vas a escurrir mientras pensás que duermo? – estaba enervado. Se da media vuelta y vuelve a la cama. Ella lo sigue.

Ella – Tenés razón. Perdóname. Es que no es fácil. Yo también estoy asustada. Vos no me creías y me tratabas de loca. Yo estoy acá con vos.

Él – Sí, pero ahora te estas yendo. Vos me hubieses tratado de loco a mí, seguro.

Ella – Ok. No te enojés. Perdón. Ya vamos a poder resolverlo– y diciendo esto se acostó a su lado abrazándolo. Sus piernas estaban al otro extremo de la cama, los pies fuera de ella.

Al día siguiente lo primero que hicieron ambos fue mirarse los pies. Ella sonrió, él no. Allí estaba la mano. Ambos se desgajaran.

Ella – Andá al trabajo y despejate.

Pedro – Ni loco. Yo me quedo acá. No salgo.

Ella – Así es peor. Tenés que salir. ¿Te vas a quedar solodándole importancia a esta mano? Salí y hace tu vida, vas a ver como se te olvida y se te pasa. No la vas a ver más a la mano.

Con paciencia ella lo ayudó a seguir. Se arregló y salió a trabajar. Así pasaron dos días más. Trataba de olvidarse, pero le costaba. La mano seguía estando allí.

Hasta que al cuarto día de tener la mano en su pierna, en el día de su cumpleaños, Pedro se olvidó por completo de su mano extra. Pasó el día festejando y relajado. Al día siguiente se levantó como si nada, se bañó, se cambió y salió a trabajar, luego se fue a jugar al fútbol. Hizo su vida normal sin notar sus pies. Ella los vio, sus dos pies perfectamente en su lugar, y no dijo nada. Todo volvía a la normalidad.